

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

Año 19. — N° 409.

SUMARIO.

La entrevista de Varsovia; grabado. — Leyendas de un alma triste. — Expedicion de China; grabados. — Los candidatos á la presidencia de los Estados Unidos; grabados. — Revista de Paris. — Un banquete maronita. — Algunas razas de la Nueva Granada. — El puente

metálico de Burdeos; grabados. — Una historia inglesa. — Estudios de una carretera sobre la garganta de la Fourka; grabados. — Obras del puerto de San Pedro en la isla de la Reunion; grabado. — La bendicion de los cazadores y de los perros en San Huberto; grabado. — Me ausento! — Jácara. — La caza con redes en los Pirineos; grabados.

LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

(Continuacion.)

Enfrente un cervecero y vendedor de cidra; al lado opuesto unas planchadoras jóvenes, como de diez y seis, diez y nueve y veinte años; en seguida una casa de huéspedes; enfrente un trabajador de marfil; luego un zapatero de viejo; mas allá un hombre gordo, como de cincuenta años, barrigon, cargado de hombros, an-



ENTREVISTA DE VARSOVIA.

cho de pescuezo, de ojos saltones, de labios amoratados, de nariz roma, calvo, con una gran cicatriz en la cabeza que cruzaba su frente, soñoliento á todas horas, vestido continuamente de negro y con un gorro de lana negro, concluyendo con una borla de idem, y que tenia escrito en su puerta: « Oficina de limpieza continua y venta de trapos viejos. »

Este sugeto, no solo era maestro y jefe de este oficio poco cómodo, sino que á fuerza de uso se habia acreditado desde jóven, y habia sido el primer traperero de la villa, y ya obeso no era parte activa, pero sí director y jefe de los traperos, que durante la noche y muchas veces de dia barriaban con sus ganchos las calles de Dieppe, y en ocasiones dadas, hasta á las aguas del mar les disputaban los pedazos de trapos y papeles arrojados de los buques anclados en los diques.

El tío Martin, que así se llamaba aquel individuo, á pesar de su falta de agilidad, no descansaba un momento, y eso que jamás se le miraba sin encontrarlo dando una cabezada de sueño ó de otro cualquier motivo, cuyo espíritu tenia nacimiento en la casa del vendedor de cerveza, que era su compadre y amigo íntimo.

El tío Martin se pasaba el tiempo sentado frente de la mesa, al lado de la chimenea, observando por la ventana que caía frente de sus ojos, desde la cual podia tocar con sus manos cuanto pasaba en la calle y muchas veces en la vecindad.

De manera que de dia y de noche, no solo estaba de continuo revisador de las grandes pipas de su propiedad, en que se conducian las aguas sucias de los pozos, sino que era la policía del barrio, la causa de todas las malas querencias, el demonio y motivo de todas las disputas, y eso que en el balcon tenia siempre enarbolada una palma, y bajo de ella dos ramos de olivo, como símbolo de su afición á la paz.

Pero este extravagante espíritu tenia por mujer una vieja seca, sin dientes, mas rencillosa que todas las mujeres del mundo, y un hijo como de veinte años, á quien Dios habia querido dejar inútil de inteligencia, para que de la mezcla del traperero y de aquella predilecta compañera no hubiese salido un monstruo; de modo que aquel par de criaturas tenian el desconsuelo de no ver reproducido en su querido hijo su corazón y carácter que ninguna desgracia habia podido enternecer ni suavizar nunca.

El traperero y la traperera, á fuerza de escarbar estiércol, buscando retazos, habian concluido por creer que el mundo no era mas que un basurero, y que de él era necesario sacarlo todo con el gancho, sin acordarse para nada del corazón ni del entendimiento, ¡y quién sabe si tenian razon!

Pero Damian, el hijo feliz de estos dos benditos, era tan bestia, que ni aun podia comprender esta idea tan natural y sencilla para aquellos dos padres, que eran los mas ricos y envidiados propietarios de la calle. Porque á mas de la gente que tenian empleada en su negocio, y de las mulas y carros con que demostraban sus facultades, y del almacén de trapos viejos, al que se entraba por una gatera que estaba al lado de la ventana frente de la que se sentaba el tío Martin, se veian al lado de la puerta como señal de su opulencia, un reloj de media vara de muestra, sobre el ala de la chimenea, una docena de tazas blancas, con su azucarero y cafetera. En la sala cuatro sillas macizas de caoba, forradas de cuero, un aparador de pino con platos y tazas, y tres ó cuatro piezas de china con filetes dorados, que escandalizaban con su brillo la oscuridad de las paredes, la pobreza de las puertas y la miseria de la calle.

El tío Martin era el Creso del barrio: decian los vecinos que tenia veinte y cinco mil francos de capital, y por eso el tío Martin para aumentarlo daba dinero á premio sobre prendas, que representasen siempre diez veces el valor que entregaba á dos meses de plazo, renovándolo al vencimiento con el aumento de tres por ciento, y al cuarenta de interés mientras la prenda respondia del valor.

No era amigo de discursos, ni cansaba al que buscaba dinero con preguntas, ni se perdía en reflexiones; lo que en su mano caía era para no volver á salir nunca; y ya podia morir de hambre el barrio entero; si por dar un franco habia de salvarse, de hambre moria el barrio, porque á él no le movia á piedad nada de este mundo.

Frente del tío Martin vivia Hércules el bañero. La única casa del barrio donde la miseria no salia á dar gritos por la ventana, era la suya; los escalones de la puerta estaban bien barridos y lavados; las cortinillas del balcon, que cogian todo el frente, eran de cuti: muy arreglado estaba siempre el pequeño aparador, brillantes las piezas de cobre para hacer la cocina; muy lustrosa la madera de las sillas, las camas del primer piso bien hechas, y toda la ventana adornada con macetas de fusias encarnadas, geranios, heliotropos, jazmines, tomillos y claveles, y en la jamba del balcon habia dos jilgueros mansos y una calandria, que llenaban el aire de alegres y deliciosos trinos.

Tal era la casa de Hércules, á la que le daba alegría la simpática Otilia, que con la inocencia de un ángel, despues de arreglar en la cabina los vestidos de las bañantes, á quienes llevaba al mar su padre, hacia la comida: y acabada su costura, por la cual le daban franco y medio diario, se asomaba á su ventana, y su gorrito blanco como la espuma adornado de verdes cintas, bajo del cual asomaban cuatro trenzas recogidas de cabellos rubios como el oro, sus ojos azules, y sus dientes que parecian dos sartas de perlas, y su sonrisa continua y feliz, eran el encanto de los vecinos y la admiración de

los que pasaban; de modo que Otilia, sus flores y la calandria, eran la gloria del barrio.

Los niños venian á jugar bajo su balconcillo, los mozos de la playa allí pasaban las horas, esperando verla asomar la cabeza, cuando aguardaba la vuelta de su padre; y hasta el tío Martin y su mujer miraban á aquella criatura como el ángel de la famosa calle de Sigogne.

LA GANCION DE OTILIA.

Otilia no regaba ya las flores de su balcon; las pabrecillas se habian ido secando, y á pesar del descuido el jazmin conservaba la vida, de la misma manera que el oloroso geranio, casi tocando la muerte; pero el tomillo salvaje y un pequeño ciprés de dos años de existencia se defendian contra el olvido de su ama, llamándola lastimosamente con su triste silencio á cada hora del dia.

Otilia habia abierto las puertas de la jaula á los dos jilgueros y á la calandria, que criada á la mano de la niña, corria por los tejados flaca y llorosa, sin lanzar al aire sus deliciosos trinos, temiendo la garra de los hambrientos gatos del tío Martin, que no queriendo mantener con trapos viejos los abundantes ratones del barrio, sostenia con cuantas inmundicias encontraba en su pesca, seis caza-ratones, que mas que gatos eran robadores de cuanto oia á carne, porque á sus ojos estaban en peligro la de los pucheros puestos al fuego, los conejos en sus madrigueras, los pollos en sus gallineros, los pájaros y todo animal viviente, como no lo defendiera la razon de una buena piedra ó de un gran trancazo.

De modo que secas las flores de la ventana de Otilia, sin el canto delicioso de los pájaros, sin su risueña cara asomada á la ventana, la calle se habia vestido de luto.

El traperero, observador impertérrito y tenaz de todo, y principalmente de su vecino Hércules, dió en cavilar sobre aquel silencio; y de sus meditaciones á la rebusca, lo mismo que cuando echaba mano en su juventud al gancho, cayó en la manía de figurarse que todo aquel silencio era hijo de la tristeza de la niña, á quien hacia seis dias observaba pensativa; y en su amor propio de padre dió en la flor de creer que su hijo, imagen poco mas ó menos perfecta de su fealdad, era la sola causa. Y dió tambien en la ilusion de figurarse que Otilia estaba enamorada de su heredero; y como él la hallaba hermosa, creia que la hija debia encontrar en correspondencia tan hermoso á su hijo Damian, hasta el punto de desearlo por marido.

Con este diablo de presuncion, meditando en sus intervalos de despierto, que eran muy pocos al dia, oyó á la caída de la tarde cantar á Otilia tristemente desde su balcon:

En sueños he llorado :
Soñé que en el sepulcro te veia;
Despues he despertado,
Y continuo llorando todavía.

En sueños he llorado :
Soñé que me dejabas, alma mia,
Despues he despertado,
Y aun mi lloro amarguísimo corria.

En sueños he llorado :
Soñé que me adorabas y eras mia;
Despues he despertado,
Y lloro mas y lloro cada dia.

COMO SE TRATA EL CASAMIENTO DE UN HIJO.

No habia acabado la niña el canto, cuando el tío Martin á voces comenzó á llamar á su costilla, que sin duda el diablo la habia formado, como nuestro Señor á Eva del costado de Adán.

— Mujer, ya lo sé todo, le dijo, cuando su prójima espantada y medio desnuda dejó la cama de la siesta para correr al accidente de que creyó atacado á su marido.

— ¿Qué es lo que sabes, Martin? le preguntó sorprendida.

— Que la chica está enamorada de Damian.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Ella misma acaba de decirlo á gritos, cantando una romanza sentada en su ventana.

— ¿Qué quieres que hagamos nosotros con la hija de unos bañeros muertos de hambre? La muchacha sirve para el número treinta y nueve de esta calle... para Damian no, no, y no... yo no quiero gente que se hace trenzas, que cuida flores, que tiene pájaros, que se estira las medias y que canta cosas tristes; al número treinta y nueve con ella; yo no le doy á Damian aunque se muera por él.

— Mujer, tú no tienes experiencia; con esa niña se puede ir lejos; ella sabe hacer la cocina, pastas, coser, planchar, y acuérdate cuando sostuvo á su padre y á su abuela durante un año con solo su trabajo; acuérdate con qué dulzura acostaba y levantaba á la vieja y servia á su padre, y limpiaba la casa y hacia la cocina; iba á la fuente y á la plaza, y luego cosía toda la noche para ganar con qué mantenerlos...

— Eso será lo que se quiera; todo eso parecia, pero á mí no me engañan con farsas: la gente sabe mucho; y el número 39 está enfrente.

— Mujer, tú pensarás lo que quieras, pero yo he visto y he oido á la niña: á mí me gusta; me informaré, y por de pronto voy á hablarle á Hércules sobre el particular. Dame mi corbata, mi sombrero y mi baston, que al momento salgo á hacerlo.

— Tú no lo harás, Martin, porque yo no lo quiero; y yo soy quien ha parido á Damian...

— Yo lo haré, porque soy su padre, gritó enfurecido el traperero.

— No nos metamos en eso, porque acabaremos mal, y sabrás mas de lo que deseas; pero te digo que no irás á casa de Hércules.

— ¿No? ya lo verás, dijo el traperero levantándose y poniéndose el sombrero, y en lugar de coger el baston, agarrando iracundo su antiguo gancho.

— Te digo que no saldrás, infame, gritó la incomparable mujer echándole garra á la corbata, tirando de ella como una desesperada, á guisa de ahogarlo.

Negro se puso el gordo tío Martin; y si tarda en remediarse, allí cae asfixiado; pero aunque obeso, tenia su táctica, y elevando el pié á modo de mulo, sacudió tan fuerte taconazo á su digna costilla en la boca del estómago, que la diabólica criatura, rompiendo en imprecaciones y gritos, soltó la presa para llevarse las manos donde el golpe no se habia descargado en balde.

Así que el traperero se vió libre, como una tortuga comenzó á dirigirse á la puerta; pero la mujer volvió á agarrarlo por la falda de la chaqueta; y entonces á manera de gallego de mal vino, le arreó otra coz, que fué á darle en las espinillas, y esta vez la digna madre de Damian creyó lo mas conveniente dirigirse al aparador, y como remedio abocarse á una botella de aguardiente, buscando en su fondo alivio al dolor que el golpe le causaba en el estómago, y consuelo á lo que ella llamaba ingratitudes de su marido.

Martin subió la escalera de Hércules, que desde la ventana habia presenciado la escena de aquella familia feliz; y admirando la sangre fria del traperero, le tendió la mano estrechándosele amigablemente como vecino, á quien le debia muchos buenos dias y buenas noches, pero ni un favor pequeño ni grande.

LA ENTREVISTA DE DOS PADRES.

Hércules tambien habia observado la tristeza de su hija; de su hija, que estaba siempre silenciosa y que besaba al acostarse con reserva y timidez la frente de su padre, dándole las buenas noches sin levantar del suelo los ojos. El dia anterior el angustiado padre habia sentido en su frente las lágrimas de Otilia, y llamando á la abuela, le habia preguntado cuál era la causa de aquel extraño desconsuelo.

La viejecita á la pregunta de Hércules se anegó en lágrimas, como si le hablara de una desgracia inevitable, cuyo remedio no estaba en la mano de las criaturas; pero como pudo reponerse, tranquilizó al afligido padre, que toda la noche pasó cavilando en el estado de Otilia.

Hacia algunas semanas que el bañero notaba la presencia de la niña en la orilla del mar á las horas de concurrencia en el establecimiento: muchas veces sorprendió á su hija con los ojos fijos sobre los grupos que el dia de la San Napoleon le habian llamado la atención.

El bañero conocia las personas de que se componian, porque por las mañanas en sus brazos entraban en las aguas, y á la caída de la tarde habia seguido en la barca al principe Nicolás, que era un excelente nadador.

En aquellas cabezas Hércules habia hallado un no sé qué, contrario á su suerte, y ese no sé qué, presagio de la desgracia; pero el infeliz no sabia explicarse el grito que la fatalidad daba sin cesar en lo íntimo de su corazón.

Meditando en esto se levantaba de la cama, á donde se habia recostado rendido de la fatiga del dia, no habiendo podido dormir la noche anterior, cuando oyó los gritos y la disputa de su vecino, al cual veia entrar tan solemnemente en su casa, encorbatado, cubierto con su sombrero de copa alta y el baston de puño de plata en la mano, símbolo de la opulencia y felicidad del rico traperero.

— Y bien, don Martin, ¿en qué puede servir á Vd. su vecino Hércules?

— Amigo, le respondió don Martin como si quisiera tragar antes de hablar, algo que no podia pasarle por la garganta; vengo á un asunto muy grande.

— Pues hable Vd. y veremos si puedo servirle.

— Vaya si puede Vd.; vengo á hacer feliz esta casa, y estoy seguro que Vd. no le rehusará.

Conociendo Hércules la madera de aquel mueble, sus palabras no le impresionaron absolutamente, porque estaba convencido que de aquel saco de egoismo no podia, ni aun escapada, salir ninguna idea generosa y caritativa; pero sin embargo, se sentó á su lado prestandole la mas grande atención.

— Yo estoy cansado de ver á Vd. pasando miserias, dijo don Martin tomando un aire protector y como si dispusiera de una bolsa como la de Rothschild; con mi trabajo y economias he reunido mas de treinta mil francos, y el telar montado, con lo que se pueden ganar otros tantos.

Tengo un hijo como un ángel de bueno, retrato de su madre, que me ha hecho muy feliz; el muchacho está ya casadero; sé que la hija de Vd. está enamorada de él, y vengo aquí para que arreglemos cuentas y que sean felices, á pesar de que mi mujer se opone á esta boda.

Á Hércules le sorprendieron las palabras del traperero; por un momento respiró su corazón, con la idea de que pudiera ser aquello la causa de la tristeza y abatimiento de Otilia; pero la hija del bañero tenia un alma muy tierna y delicada, y la humildad de su clase no la amarraba á las ideas y aspiraciones vulgares, para

haberla hecho fijar los ojos en un animal tan grande como Damian, descendiente de aquella familia de escarabajos por su oficio y de serpientes por su egoísmo y venenosas inclinaciones; pero como todo puede suceder en el mundo, el bañero, antes de responder á don Martin, sin saber á qué atenerse para partir de seguro, llamó á su hija.

LA RESPUESTA DE OTILIA.

— Mi querida señorita, le dijo el traperero así que la niña estuvo delante de su padre, hace días que noto la tristeza de Vd., y creyendo adivinar la causa, porque conoço á Damian, he oído la canción que Vd. ha cantado desde la ventana, y lo he descubierto todo; y pareciéndome Vd. muy bien, he venido á pedirle á mi querido amigo la mano de Vd. para mi hijo; ahora Vd. no tenga cortedad en confesar su pasión, porque él sabe que el matrimonio con Damian es un gran negocio.

Hércules tenía fijadas sus miradas, llenas de melancolía, sobre su tierna hija. — Yo también he oído su canto, dijo llevándose la mano al pecho como si sintiera dentro una herida profunda.

Otilia levantó los ojos del suelo adonde los había tenido clavados, mientras el traperero había hecho su discurso, y fijándolos en él, le dijo con serenidad:

— Don Martin, Vd. es muy generoso, Damian es muy buen muchacho, pero ni yo lo merezco, ni le he querido hasta ahora, ni le querré nunca.

Otilia cogió las manos de su padre, y llevándolas á los labios las besó cariñosamente, y rompiendo en un mar de lágrimas, bajó la escalera para echarse en los brazos de su abuela, que desde la sala, con el corazón inquieto, estaba oyendo llena de angustia el diálogo de Hércules y el traperero.

— ¡Bah! parece imposible, exclamó el tío Martin; mi mujer sabía lo que era... y principio á creer que en lo que me decía tenía razón. ¡Diablo! no le parece bueno mi hijo Damian que es el retrato de su madre! ¡y mis treinta mil francos! ¡Bah! la chica es pretenciosa... bah... bah... bah... tanto peor para ella.

Hércules, silencioso, oía las palabras entrecortadas del traperero, viendo en su semblante más que oía en sus inarticulaciones... por fin, el tío Martin tomó la escalera diciendo solemnemente:

— Tu hija acabará mal; su cabeza está vacía... mi mujer tenía razón...

Hércules estuvo tentado de arrojar aquel tonel escalera abajo; pero acostumbrado con los años de pesca á tener paciencia y á sufrir con calma las tempestades, lo oyó todo como quien oye llover, y al ver que salía por la puerta le dió las buenas noches, que el vecino se llevó á su casa sin contestar.

QUÉ HACIA EN DIEPPE EL PRINCIPE RUSO.

Es imposible fijar las formas de un calavera de buen tono. Entre un perdido de taberna y esta noble categoría, no hay más diferencia que la de emborracharse el uno con ron de Jamaica y el otro con vino tinto; pero en lo de caerse sin vergüenza en medio de la calle, son enteramente iguales; y como los perdidos de buen tono suelen tener en lugar de estos vicios otras costumbres, que si no atacan al estómago atacan al alma, el príncipe Nicolás, á fuer de ligerezas de buen tono, tenía costumbres y proceder tan malignos, que más que calaveradas podían calificarse de intamias; y á pesar de su posición y de su familia, la amargura que lo dominaba, ó sus inclinaciones duras, lo llevaban como arrebatado por el huracán de las pasiones á cometer hechos muy detestables.

El príncipe hacía tres veranos que venía á Dieppe. Los dos primeros años derramando por todas partes el oro, jugando y siendo caritativo había llamado la atención pública.

Como que sus acciones eran distinguidas y sus miradas ardientes, no las lanzaba en vano, y las doncellas, á pesar de sus cuarenta años, fijaban en él con buen deseo sus esperanzas.

Pero como aquel hombre estaba hastiado de todo, si fijaba por un momento los ojos, era como cuando las águilas del mar suelen posarse en su viaje sobre el mástil de algún barco.

El príncipe, que vivía encadenado á su desesperación, había maldecido la humanidad, y su lema era « vivir para vengarse de ella, » y como si fuera la causa de sus tristezas, sobre cuanto lo rodeaba había tendido aquel bultre sus ojos y sus sangrientas garras.

Durante sus dos primeros años de Dieppe, en la orilla del mar, á la caída de la tarde y á la salida del sol, quien quisiera encontrarlo lo hallaba meditabundo, apoyando la frente sobre la palma de la mano, como si le pesara la cabeza sobre los hombros; ¡espíritu maligno!

Regularmente iba á sentarse al extremo del establecimiento, frente las casillas, donde guardaba cada bañero las ropas de sus parroquianos, y donde sus mujeres é hijas iban á tenderlas al sol por las mañanas y á plegarlas por las noches.

Otilia llegaba todos los días á la cabina de su padre á tener este cuidado, y después se sentaba á hacer su labor en la puerta; y con sus trenzas rubias hechas seis grandes manojos, como hacen los labradores con las espigas de trigo color de oro, ó los cosecheros de seda; sonriendo siempre mostrando sus dientes de perlas, abrasaba el alma de los que contemplaban sus ojos melancólicos.

Abstraído en sus pensamientos, el príncipe Nicolás no fijó en ella la vista; pero una vez que la tristeza lo apretaba con dura mano, y que como salta un grillo fatigado del calor, iba huyendo el pensamiento de los recuerdos, fijó en aquella inocente niña sus ojos empapados en lágrimas de arrepentimiento, de odio ó de venganza.

La niña tenía puestas sus miradas en aquel hombre, sin pensar que pudiera volver la cabeza; de modo que al verse sorprendida, la mejor defensa que le ocurrió al pudor fué la de entrarse en la cabina, y no salir en media hora de ella.

Pero el cazador había visto la paloma, y se había quedado al acecho; y apenas asomó á la puerta, cuando la asedió sin descanso.

La hija del bañero dobló su labor, y para romper derecho abandonó la casilla de la ropa y dirigió sus pasos á la morada paterna sin volver la cabeza. Pero el diablo la tentó, y al pisar el umbral miró atrás, — descendiente había de ser de Lot; — á tres pasos de su espalda estaba contemplándola el príncipe.

La niña subió á su habitación, y el maldito siguió contando número á número las casas de la calle de Sigogne.

Dos ó tres veces durante el día se vino á la mente de Otilia la imagen de aquel hombre. La niña había encontrado en su aislamiento algo profundo, que hablaba á gritos á su alma tierna é inocente.

No sabía si era compasión ó curiosidad; pero deseaba que llegaran las horas de la mañana y de la tarde para saber si se aliviaba la tristeza de aquel espíritu tenebroso.

Sin embargo, aquella tarde tuvo miedo de ir á la cabina de la orilla del mar, y la ropa no se puso á secar, y por la noche regañó la abuela, y después del regañó el sueño llegó con trabajo, y el espíritu no se contentaba con haber dejado de ver al caballero, y ansiaba la salida del sol para ir á esplayar su sentimiento á la orilla del mar; ¡pobre niña!

Despuntó la aurora y Otilia fué á la cabina; en sus trenzas prendió dos ramos de alelías, y al bajar la escalera ya fué acompañada de las miradas del príncipe que la aguardaba curiosamente.

La niña al volver la cabeza se quemó el alma en sus dos oscurísimos ojos, y entró herida y sin libertad en la humilde casilla.

Cuando cae el rayo sobre las débiles ramas, ¿quién puede detener su estrago?

Otilia no volvió á mirar al caballero; el pensamiento y los ojos de aquel hombre estaban fijados en la cabina.

Acabó la niña su labor, y el príncipe la siguió de nuevo hasta la puerta de su casa; y este preliminar duró dos meses. En el interin, Otilia vivió inquieta, no sonreía y le gustaba la soledad y el silencio: el príncipe estaba todos los días al despuntar la mañana y al caer la tarde en el establecimiento, y muchas horas paseándose por la calle de Sigogne: la niña iba abrasándose en el fuego; ¿quién era aquel hombre? ¿cuál era su posición en el mundo? Otilia, para saberlo, no desplegaba sus labios.

Un día, al pasar para las casillas del baño, le oyó decir temerosamente:

— Te amo con todo mi corazón; no huyas.

La pobre niña volvió sus ojos azules, y miró con ternura.

Un mes más tarde caída la noche, por la puerta del jardín que da á la calle de Sigogne, salía un hombre envuelto en un ancho gaban de pieles, porque era el primer día de octubre, y ya el frío despedía los bañantes de Dieppe.

Aquel hombre se detuvo tres minutos en el dintel de su puerta. El barrio estaba oscuro y solitario: de la plazuela del Teatro, por la calle de San Pedro, bajaba una jóven; sus pisadas revelaban incertidumbre y miedo; al doblar la esquina, aquel hombre le tendió las manos; la niña le dió las suyas temblando.

— Adios, te dijo, dándole un beso en la frente, lleno de amorosísima ternura.

— Adios, caballero, respondió la niña.

Aquel era el príncipe Nicolás, que como el halcón hambriento arrebató entre las garras á la débil paloma, se llevó el alma de Otilia, de aquella candidísima flor que era la luz, la vida, la esperanza y la primavera risueña de Hércules y de su vieja y adorada madre.

La niña, hecha un mar de lágrimas, entró en el hogar paterno; el calavera de buen tono se iba á París á quemar en la pira de sus infames vicios las felicidades de otras víctimas tan inocentes como Otilia.

Siete meses aguardó la niña sin confiar á nadie el secreto de su corazón: y como aquel hombre le había ofrecido venir muy pronto, aguardó: porque la mujer, compasiva por naturaleza, creía que aquel era un desgraciado sin familia, con un alma tierna y delicada; ¡ay! no sabía la pobre vírgen que aquel mal espíritu era esposo de la princesa Zeneida y padre de dos tiernos hijos.

La hiena, para devorar la oveja, no le había dado parte de su familia y estado. Las víctimas no necesitan para morir despedazadas la historia de sus verdugos.

MAS VALE QUE NO HUBIERA VUELTO.

Y el príncipe volvió á Dieppe el 28 de julio del año de 1838, y Otilia entró de nuevo por la puerta de la calle de Sigogne que daba al jardín; para la niña aquel

era un poeta desterrado de su patria, que lloraba sus penas en la soledad, abstraído del mundo.

Y había caído como la mariposa en las patas de la terrible araña; hilo á hilo la mano de aquel perverso había atado la víctima, pero la víctima conservaba su pureza, y á la vírgen la había respetado el crimen; aquel maligno cuya historia era un libro escrito con hiel, manchado de lodo y de sangre, se había postrado de rodillas delante de aquel ángel para adorarlo con la pureza de la honradez, á pesar de los combates fieros de su organización. El alma sencilla de Otilia dominaba aquel espíritu que reconcentrado en su amor, había olvidado el universo, y en ella había circunscrito el horizonte de sus ilusiones ¡ay! el horizonte de la vida; el horizonte de los delirios y de la voluntad del hombre; ese horizonte vagoroso que lo señala Dios y lo forma el genio del mal.

El príncipe Nicolás quería vivir para aquel amor, quería eslabonar aquella argolla de pureza á su cadena de desgracias y perversidades, y contaba con su poder sin la voluntad de Dios.

Y pasaron los días y llegó el 30 de octubre, y su existencia era más desesperada que antes; su adoración por Otilia no tenía límites; y de aquella alma negra brotaban sentimientos religiosos y puros: y para la inocentísima niña, que creía amar al hombre más honrado y más noble de la tierra, el misterio de su pasión era el encanto de su alma sencilla; y á la pureza de su imaginación de fuego no se ocurría duda ninguna; unas veces á la orilla del mar, otras en el camino del castillo de Arques, en una pequeña casita rodeada de árboles, otras entrando por la puerta del jardín situado en la calle de San Remy, Otilia pasaba las horas al lado de aquel hombre, que había sembrado en la hermosa criatura las máximas más puras y las ideas más brillantes del entendimiento.

Regaba el genio del mal las semillas de la santa virtud entre las azucenas blanquísimas del paraíso.

En el interin, Otilia llamaba no solo la atención de su calle por su hermosura y saber, sino que era motivo de admiración para los extranjeros y el encanto de Dieppe.

Su gracia era infinita; en su melancólico semblante las sonrisas eran como oleadas de perfumes de flores en la primavera; y el blanco de sus dientes como espumas del mar en los días de borrasca. En el brillo de sus ojos había un sentimiento inexplicable de lastimosa compasión; aquella niña, sencillamente vestida, era la apoteosis de la ternura y de la caridad. A veces se quedaba meditabunda, con los brazos caídos, entrelazadas las manos, como si esperara oír en su humilde esperanza el decreto de la divina Providencia: ¡pobre Otilia!

LA SEGUNDA DESPEDIDA.

Llegó el 8 de octubre de 1838, y el príncipe volvió á disponerse á partir para París. Otilia lloró mucho: enlazada á su cuello, le decía adios con el alma desgarrada. Aquel hombre, con sus labios venenosos, imprimió un solo beso en su frente, deslumbrado á la ternura de sus ojos inocentes y al candor de su boca cuajada de perlas.

— Nicolás, tengo tristeza en el corazón, exclamó la niña: siento frío y temo que me voy á morir.

— Aguárdame, bien mio, respondió el príncipe; — pronto volveré para no alejarme más: nuestras almas las unió el destino, y los hombres no las separarán nunca.

— ¡Ay! la sombra de mi madre, dijo misteriosamente la niña, viene á llorar á la cabecera de mi cama; esta noche las lágrimas de sus ojos han empapado mi frente.

— La pena te vuelve loca, pobre Otilia, respondió el príncipe; — pronto volveré: en el interin guarda tu secreto: tú sabes con qué amor te ama el alma mia, ángel de mi corazón; adios, Otilia de mi vida...

— Adios, Nicolás, dijo la niña, partiéndosela el alma de dolor.

Y el príncipe salió para París á la caída de la tarde, cuando principiaban á amarillar las hojas con las lluvias y la frialdad de setiembre.

COMO SE QUEDA UN ALMA QUE AMA.

Largos, muy largos fueron los días de la separación para la infeliz Otilia; su espíritu risueño se había envuelto en tenebrosa tristeza; la misma dulzura y anhelo para Hércules y su buena abuela; pero no el mismo exquisito cuidado para sus sencillas aves: cuando regaba los arbustos de su humilde balconillo, algunas noches también los mojaba con sus lágrimas. — Sobre las ramas morían las margaritas y los blancos jazmines: la vírgen no trenzaba ya sus rubios cabellos con aquellas flores en otros tiempos tan amadas de su alma: así pasó el invierno, y así llegó la primavera y brotaron de nuevo las hojas; pero para aquella infeliz estuvo muerta la naturaleza. ¡Qué presagiaba su tierno corazón!

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Se continuará.)

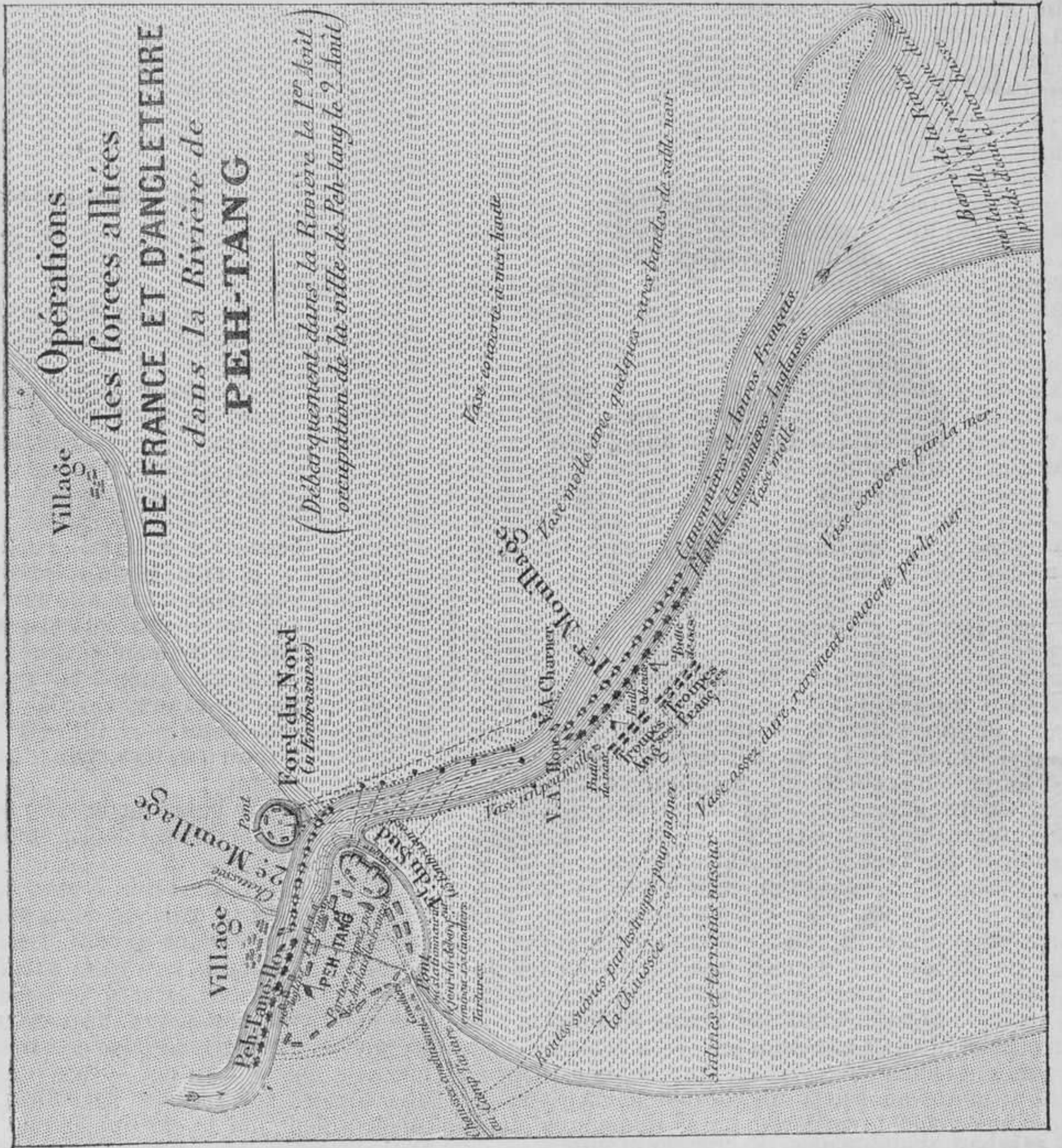
Expedición de China.

Peh-tang 8 de agosto de 1860.

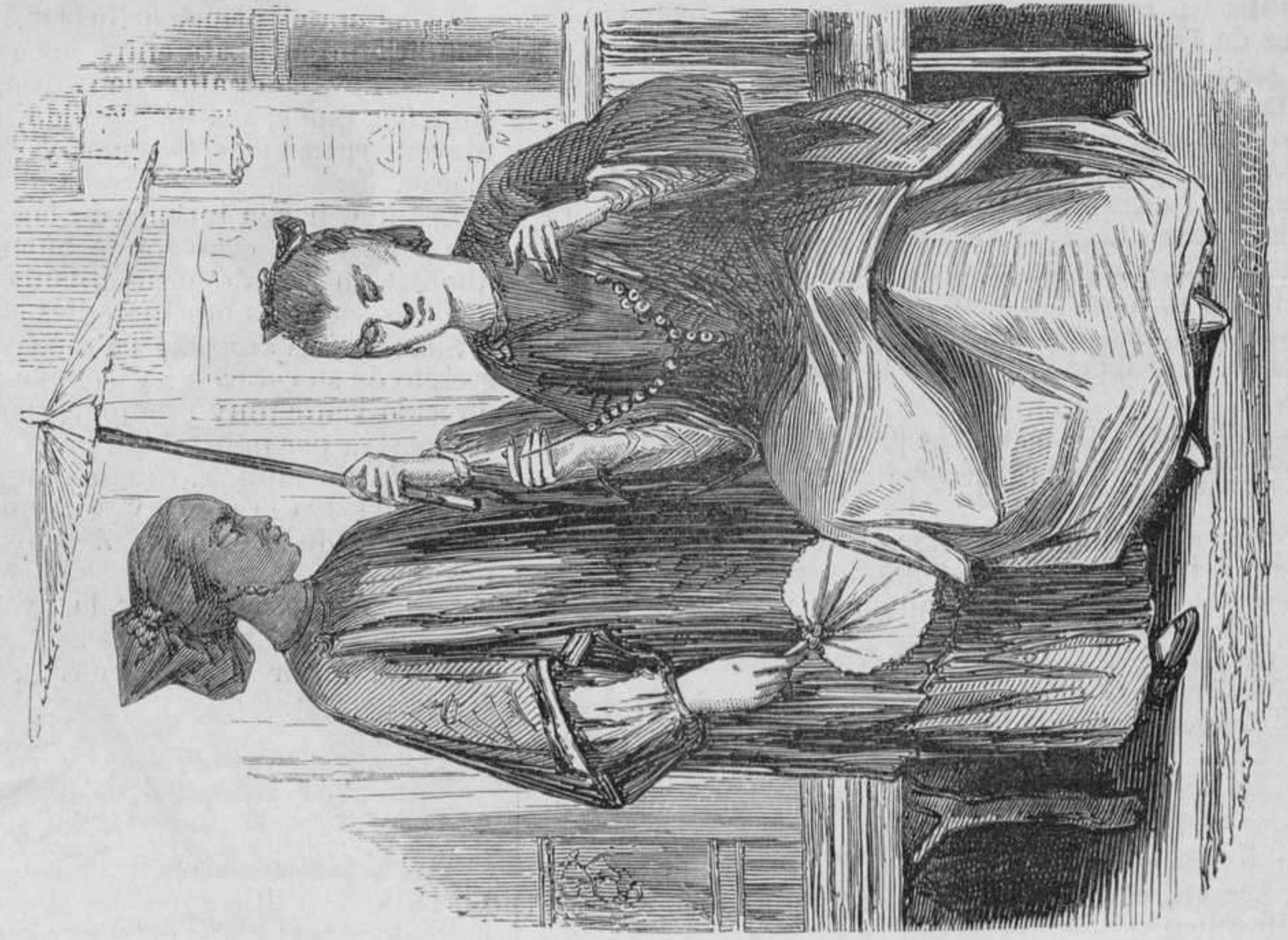
Como las formidables defensas acumuladas en el año último en la embocadura del Pei-ho, no permitían for-



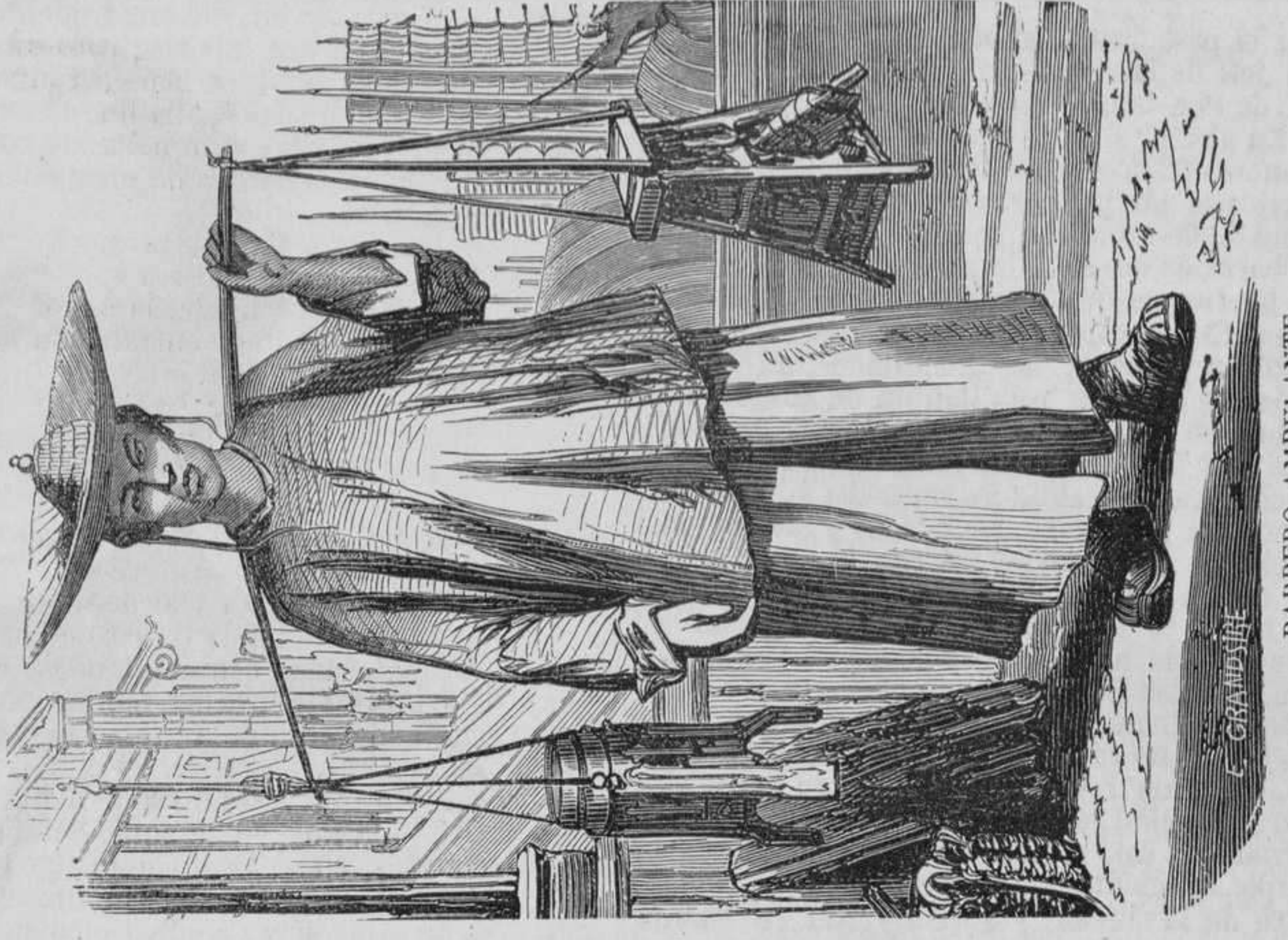
EXPEDICION DE CHINA. — DESEMBARCO DE LAS FUERZAS ALIADAS DE FRANCIA Y DE INGLATERRA EN EL RIO DE PEH-TANG.



OPERACIONES DE LAS FUERZAS ALIADAS DE FRANCIA Y DE INGLATERRA EN EL RIO DE PEH-TANG.



MUJERES CHINAS.



BARBERO AMBULANTE.

zar el paso inmediatamente, los comandantes en jefe de las fuerzas aliadas habian elegido el rio de Peh-tang para las primeras operaciones.

En efecto, el 1º de agosto la flotilla de las cañoneras francesas é inglesas, remolcando en las chalupas un primer cuerpo de desembarco de unos 5,000 hombres, pasaba á la una de la tarde la barra de ese rio y llegaba á fondear enfrente de los fuertes que defendian la ciudad de Peh-tang. El desembarco de las tropas comenzó al punto á pesar de las dificultades. El terreno próximo al rio es una llanura de fango que se cubre en una vasta extension con la marea alta; los primeros botes encallaron cuando un ancho brazo de agua los separaba aun del terreno que no estaba inundado, y los soldados debieron atravesar á pié con el agua á mas de media pierna. Por fortuna, la marea bajó en breve, y el desembarco fué mas fácil así que el rio se halló mas encajonado. Por la noche todas las tropas estaban en tierra y atravesaban la llanura de fango y las salinas para llegar á una calzada que se distinguia á lo lejos. Ninguna resistencia habia sido hecha, los fuertes habian estado mudos, con sus troneras cerradas, y solo se habia visto en la llanura un grupo de ciento cincuenta jinetes apostados cerca de la ciudad, y que huyeron en cuanto las tropas comenzaron á marchar adelante.

Sin embargo, como se suponian armados los fuertes, se preparaban á atacarlos. A media noche ocho cañoneras francesas é inglesas subian el rio con orden de no responder al fuego que pudieran hacerlas, y fondeaban enfrente de la ciudad mas arriba de los fuertes. Pero ya



JOHN BELL (DEL TENNESÉE)
Candidato del partido unionista.

gislacion de Estado, adoptó la bandera whig de Clay.

En 1846 fué miembro del trigésimo congreso, y en la convencion nacional que nombró al general Scott por presidente (junio 1852), representó al Illinois en el comité central whig.

En 1856, Lincoln tomó parte en las luchas políticas en calidad de miembro activo del partido republicano, y á ese título debió el ser escogido como candidato á las funciones de senador del Illinois, en oposicion al juez Douglas. Entonces no fué nombrado; pero quedó considerado como uno de los principales miembros de su partido, que ha fijado la vista en él como candidato para la presidencia.

John Bell (del Tennessee), candidato que representa al partido de la Union, nació cerca de Harlw (Tennessee), el 15 de febrero de 1797, y pasó su infancia en el seno de una familia de labradores inteligentes.

Entró en el colegio de Cumberland despues de haber salido de la universidad de Harlw, obtuvo sus diplomas en 1816, y dos años despues habiendo completado sus estudios de derecho, tomó puesto en el foro. Establecido en Franklin-Will, fué elegido como uno de los mas dignos para la representacion popular y fué nombrado en 1817, cuando no tenia mas que veinte años, senador del Estado. Se dió á conocer de un modo brillante; pero despues se negó á ser reelegido por seguir los deberes de su posicion.

Sin embargo, en 1826 M. Bell permitió que le presentaran como candidato al Congreso con

Los candidatos

A LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Los poderes del presidente de los Estados Unidos van á espirar en breve; cuatro candidatos se presentan, y segun lo que ya se sabe, no habrá habido nunca eleccion mas ardiente ni mas disputada. Damos los retratos de los cuatro candidatos que aspiran al honor de representar en la Casa Blanca á M. James Buchanan.

Abram Lincoln (del Illinois), candidato republicano, nació el 12 de febrero de 1809 en Haulin, donde su familia era muy considerada; como esta familia tenia poca fortuna, tuvo él que atender á su porvenir. Fijó su atencion en la industria y le llaman: » the Blatboatman. » Admitido mas tarde en el foro se fijó en Springfield (Illinois), donde reside todavia.

Cuando la guerra de los Black-Hawk Mar que tuvo lugar en la primavera de 1832, Lincoln ofreció sus servicios, y fué elegido capitán de una compañía de voluntarios á cuya cabeza se distinguió. Elegido despues á la le-



ABRAM LINCOLN (DEL ILLINOIS)
Candidato del partido republicano.



JOHN C. BREKENRIDGE (DEL KENTUCKY)
Candidato del partido democrático del Sur.

estos estaban abandonados, y cuando al amanecer se presentaron los almirantes con el grueso de las cañoneras, pudieron ver que se hallaban desiertos. Al mismo tiempo el ejército entraba sin resistencia en la ciudad, y las banderas de Francia y de Inglaterra se alzaban en los palos que la víspera sostenian las banderas chinas.

No se comprende cómo los chinos no defendieron un punto tan importante como Peh-tang; sus fuertes perfectamente armados, la facilidad para atajar el rio, las dificultades que presentaba el terreno para un desembarco, todo estaba en su favor, y si hubiesen hecho la defensa, es seguro que habrian podido si no detener la expedicion, causarla males considerables.

De este modo los aliados poseen hoy un punto de suma importancia para el desembarco rápido de las tropas y de todo su material de guerra. En pocos dias los chinos van á tener delante un ejército de 30,000 anglo-franceses.

Un reconocimiento hecho sobre la calzada al otro dia de la ocupacion de la ciudad, produjo el descubrimiento de un campo tártaro en las inmediaciones del Pei-ho; se cambiaron algunos tiros, durante los cuales no se portaron mal los tártaros, y luego se volvieron las tropas. — Este campo va á ser tomado por el ejército; y despues los fuertes del Pei-ho, atacados á la vez por la flota y por el ejército, no tardarán sin duda en rendirse.

B. J.



STEPHEN DOUGLAS (DEL ILLINOIS)
Candidato del partido democrático.

el apoyo del general Jakson, uno de los hijos del Tennessee. La lucha fué reñida, pero Bell triunfó en 1827 y fué seis veces reelegido.

El general Harrison, presidente de los Estados Unidos, ofreció á M. Bell la secretaría de la Guerra. Este dejó esa posicion cuando M. Tyler fué presidente. Habíale ofrecido un puesto en el Senado, pero le declinó en favor de M. Foster. En 1847 fué elegido y en 1853 reelegido senador. Su conducta en favor de las medidas de compromiso, de los proyectos de mejoras interiores, de aumento de la marina de vapor, de los caminos de hierro del Pacifico, de los colegios agrícolas y de otras leyes fué tan recomendable, como fué decidida su oposicion cuando se ocuparon del bill del Nebraska, de la constitucion Lecomplais, de los gastos públicos y de las amenazas de deserccion.

Desde que se apartó de los negocios públicos, M. Bell habita en Hoshiville, donde ofrece en compañía de su amable familia, la hospitalidad mas generosa á sus numerosos amigos.

Stephen Douglas nació el 23 de abril de 1812 en el Estado del Illinois. Maestro de escuela en un principio consiguió distinguirse mas tarde como abogado, y en breve conquistó la reputacion de un hombre político de primer orden. Hoy ocupa un puesto en el Senado. Representa al partido democrático del Norte, y está considerado como uno de los candidatos que tienen mas probabilidades de triunfo.

John C. Brekenridge nació en el Estado del Kentucky en 1821. Hijo y nieto de hombres que han ocupado posiciones políticas importan-

tes, entró en el foro y supo distinguirse. Después fué al Senado, y en 1836 fué elegido vicepresidente de los Estados Unidos, posición que ocupa en la actualidad. Se presenta como candidato del partido democrático del Sur.

Revista de París.

Se ha presentado en París en las primeras reuniones de este invierno una señora inglesa dotada de una hermosura incomparable, una de esas bellezas que seducen á la primera ojeada. Su descripción sería inútil; bástenos decir que es ese tipo británico conocido en todo el mundo, realizado por una expresión de melancolía que le da un carácter particular, algo fatídico; es como si dijéramos un sello de tristeza que se refleja del alma.

En los Italianos, en la Opera, donde quiera que aparece esta señora recién llegada á París, suscita una admiración sin límites. Todas las miradas se fijan en su semblante; la crónica se ha ocupado de ella, y hé aquí algunos de los detalles que acerca de sus antecedentes ha dado M. A. Second, uno de sus principales admiradores, según confesión propia.

Esta señora, que tiene el título de condesa, nació en Inglaterra hace veinte y ocho años. Su madre murió al darla á luz, y este golpe fué tan terrible para su padre, que á los cuatro meses la niña estaba huérfana y quedaba confiada á los cuidados de una parienta anciana. Tuvo tres nodrizas que las tres murieron de resultados de enfermedades de pecho de una violencia excesiva.

A los seis años la pusieron en un colegio, donde permaneció hasta que hubo cumplido los quince; durante este tiempo, tres veces se pegó fuego la casa y cada vez hubo que deplorar algunas víctimas.

Apenas tenía diez y seis años cuando fué solicitada en matrimonio por un joven de una ilustre familia y de gran fortuna.

Ya se había fijado el día de la boda, ya el novio tenía preparados los magníficos regalos que destinaba á su futura, cuando un día su ayuda de cámara le halló asesinado en su cama. Unos ladrones, que no se han podido descubrir, le habían dado la muerte y se habían llevado las alhajas amontonadas en el aposento del infeliz joven.

La condesa se vistió de luto, y durante más de dos años no quiso escuchar las declaraciones de amor que por do quiera provocaba su hermosura.

Sin embargo, su anciana parienta estaba achacosa, y la hicieron comprender la necesidad en que se hallaba de crearse una familia.

Uno de los pretendientes fué admitido en la casa, primero con frialdad, después con gusto. Habían principiado por tolear sus visitas, y acababan por complacerse tanto con ellas, que le suplicaban las alargara lo más posible, hasta el día en que ya no tuviese necesidad de marcharse.

Al día siguiente de esta declaración, el joven á fin de ganar tiempo mandó ensillar un potro veloz, de mucho brio, pero astudizado como ninguno.

Había anochecido, y á poco rato se desencadenó una tempestad con una fuerte lluvia. Un trueno formidable precedido de un largo relámpago inspiró tal miedo al caballo, que abandonó el camino, se metió por los campos y fué á dar á un río, donde desapareció con el jinete. Sólo dos días después y á tres leguas de distancia vinieron á encontrar los dos cadáveres.

La condesa tenía ya veinte años cuando al fin logró casarse con su primer marido. Era este un joven noble muy aficionado á la caza, afición que en breve tiempo llegó á ser común á su esposa.

Una mañana salieron entrambos para una gran cacería seguidos de algunos amigos y de muchos criados.

La fiesta principió alegremente y se acabó del modo más triste. En el momento en que precedida de su marido, saltaba ella unos matorrales elevados, la rama de un arbusto tocó al gatillo de su escopeta, salió el tiro, y el esposo recibió la carga en medio del pecho y cayó para no levantarse nunca.

Después de este acontecimiento, la condesa realizó su fortuna y dejó un país donde no había para ella más que recuerdos desastrosos. Vivió en San Petersburgo en el retiro más absoluto.

No obstante, poco á poco se fué conociendo su hermosura, y su puerta comenzó á estar sitiada por la flor de la aristocracia rusa.

El primero que entró en la ciudadela fué un brillante capitán de un regimiento de la guardia, y este tuvo el honor de salir victorioso.

Se efectuó el casamiento; pero de nuevo se interpuso la fatalidad y vino á quedar viuda; el capitán murió en Sebastopol combatiendo como un héroe.

La viuda no se volvió á casar; sin embargo, se enamoró de un oficial piemontés que sucumbió peleando en Solferino.

El invierno último le pasó en Londres, donde se publicó la historia de la condesa con los sucesos que acabamos de contar largamente narrados; y no obstante tan terribles antecedentes, dos gentlemen se presentaron á pedir su mano.

— Mitor, dijo una noche á uno de ellos, debo explicarme con Vd.; ¿conoce Vd. mi historia?

— Perfectamente.

— Está bien; ahora debo añadir una cosa que quizá ignora Vd.

— ¿Cuál es?

— Que tiene Vd. un rival.

— Lo sé igualmente.

— Y ese rival me incomoda hasta el último extremo.

— Estoy persuadido de ello.

— ¿Es Vd. capaz de hacerme un favor, un favor muy grande?

— Hable Vd.

— Libéreme Vd. de la persecución de ese hombre.

— Cuento Vd. conmigo.

El gentleman se fué á su club, donde halló á su adversario jugando al whist; inmediatamente se puso detrás de él y comenzó á criticar su juego.

El otro que parecía estar esperando la sombra de un pretexto para enfadarse, respondió con malos modos, y á pesar de la intervención pacífica de algunos amigos comunes, los rivales declararon que estaban firmemente resueltos á batirse.

— He prometido matarle y le mataré, dijo el jugador de whist á sus padrinos.

— ¿Y á quién ha hecho Vd. semejante promesa? le preguntaron ellos andando al lugar de la cita.

— A una señora que está cansada de sus amoríos y á quien persigue de una manera insoportable.

Se batieron en efecto y con tal furor, que habiéndolos examinado los médicos cuando estaban tendidos sobre la yerba atravesados por dos estocadas, declararon que habían cesado de vivir y que su muerte había sido instantánea.

Tal es en resumen la historia de la hermosa extranjera que hoy llama la atención de los parisienses.

El inteligente actor francés que ha creado el papel de Andrés en la obra maestra de M. Octavio Feuillet titulada *Dalila*, ha recogido honra y provecho con esta creación, que al propio tiempo que le ha encumbrado sobremanera en su arte le ha proporcionado una fortuna. Los periódicos de París anuncian que M. Lafontaine ha comprado un palacio para habitarle. En otro tiempo los cómicos parecían de miseria (lo que aun les sucede á muchos en el día), hoy compran palacios con sus ahorros. Así los sueldos más exorbitantes les parecen poca cosa á estos señores.

Recordamos una anécdota que prueba lo que acabamos de decir, que en otro tiempo los artistas dramáticos, vulgarmente llamados cómicos, no ganaban en Francia lo que hoy, á pesar de todo su talento.

Hace pocos años trabajaba en Variedades un actor famoso llamado Potier, que fué ajustado en el teatro de la Puerta de San Martín para desempeñar un papel especial en una comedia, que cuadraba perfectamente á sus facultades.

Pero hé aquí que el cómico había firmado una escritura con el director de su teatro, en la cual se estipulaba que en caso de pasar á otra parte, debía pagar 100,000 francos de indemnización á la empresa que dejaba.

Apenas se hallaba instalado en su nuevo teatro se presenta un alguacil á reclamar la suma.

Potier escucha la reclamación como un hombre que no desconoce la legitimidad de la deuda; se dirige á su bufete, le abre, registra algunas gavetas, pone en movimiento algunas monedas que espiden un sonido de cobre, y luego dirigiéndose hácia el alguacil exclama:

— Lo siento mucho, pero será preciso que vuelva Vd.; en este instante no tengo aquí lo suficiente.

Y tenía toda su fortuna; ¡algunos cuartos!

El alguacil se quedó desarmado con la respuesta.

M. Lafontaine ó cualquiera otro de los cómicos de fama del día habría pagado sin pestañear los cien mil francos.

Según noticias, el gran teatro de la Opera de cuya construcción hemos hablado ya á nuestros lectores, no se inaugurará antes de dos años. También, según los vagos rumores que circulan, parece ser que su inauguración tendrá lugar con *la Africana* de Meyerbeer, ó sea *Vasco de Gama*, pues con ambos títulos se designa la partitura.

Cerca de la Opera los capitalistas Pereire van á construir una fonda por el estilo de la del Louvre, que se llamará *Hotel de la Opera*. Este establecimiento situado en el boulevard de Capuchinas con vistas á la misma plaza del teatro, realizará todos los perfeccionamientos especiales. Las escaleras estarán suprimidas; todo se elevará por maquinaria. La dirección del hotel será un empleo de 100,000 francos anuales.

La casa poseerá en propiedad tres palcos y veinte sillones en el teatro. Los artistas de la Opera podrán habitar en el hotel del mismo nombre, desde el cual se pasará al salón de conciertos, que según dicen podrá contener hasta mil personas.

Mucha falta hacen en París estos grandes hoteles con las comodidades que no pueden ofrecer al viajero las fondas de la capital, dispuestas la mayor parte de ellas en las más ruines proporciones.

Se ha publicado esta semana en París un librito curioso, escrito por M. Ch. de la Bossiere. Este opúsculo se titula: *Elogio del fastidio*.

Es muy singular la idea de cantar los elogios de ese intolerable personaje que todos por desgracia nuestra tenemos motivos para maldecir muy á menudo.

M. Boissiere lejos de maldecirle, no tiene boca para ensalzarle; no se ha escrito una paradoja más extraordinaria.

Según el autor, al fastidio debemos las obras maestras de la industria y de las artes.

No es posible que un mortal sea un grande hombre sin fastidiarse soberanamente.

Del fastidio del pintor nace el cuadro, del fastidio del poeta nacen los buenos versos.

M. Boissiere dice que Chateaubriand era de su opinión; no queremos sacar la consecuencia lógica que se deduce de este parecer del gran poeta.

Hay singularidades en este libro dignas de ser citadas. Ponemos un ejemplo: Alejandro al apoderarse de los pueblos no llevaba otro fin que el de buscar una distracción. — Librenos Dios del fastidio de los conquistadores.

MARIANO URRABIETA.

Un banquete maronita.

(Costumbres orientales.)

El palacio del emir donde vamos á hospedarnos, está situado en la posición más bella del Líbano. Las montañas se retrasan como para dejar á su vasto circuito mas desarrollo: de sus poderosos sillares fijos como la arquitectura del mundo, se levantan, semejantes á los campanarios góticos de nuestras antiguas catedrales, picos desgarrados por el rayo de las tormentas. La luz del sol les tiñe al ocultarse de su ardiente púrpura, y sobre sus aristas resplandece un brillo metálico parecido á los fuegos de Bengala. La nieve cubre con su manto sin mancha los vértices más elevados. Hácia el Oeste donde el astro derrama su fulgor, se anima de un reflejo sonrosado: por el contrario, al Este donde aun no le iluminan las lumbreras de la noche, refleja límpido el azul del cielo.

Manantiales eternamente frescos, cayendo en forma de cascadas desde las vecinas canteras de hielo, se extienden en las praderas sembradas de flores, ó reunidos en cauces naturales dentro de las cuencas de las rocas. Grandes árboles ostentan su soberbia vejetación, ya desplegando sus ramas como una ciudad de follaje habitada por un pueblo de pájaros, ya subiendo al cielo cual sombrías pirámides. Una pendiente suave reúne la meseta de la montaña á la roca en que se halla edificado el castillo del emir maronita: de modo que las tapias del recinto parecen prolongación de la misma roca, cuyo escarpado levanta encima de un precipicio sus paredes de mil piés de elevación perpendicular.

En todas direcciones se divisan desde la montaña lontananzas en perspectiva felizmente escogidas, según las horas del día, que cambian sin cesar; aquí flores-tas, mas lejos pastores y praderas con surcos de labran-tio; por todas partes bellas imágenes de la abundancia y de la fecundidad: los frutos se mezclan con las mieses, y cuando uno se acerca distingue delante de las puertas parras, cuyos dorados pámpanos se enlazan á las higueras y granados, cruzando el camino y proyectando sobre la cabeza del viajero arcos triunfales de hojas y racimos.

El vano de una arcada ojival, cuya primera piedra quizás pondrían los cruzados del siglo VIII, nos dejó entrar en una especie de antepatio. Sus murallas de piedra me recordaron las construcciones mitológicas de los Cíclopes. En el centro de este espacioso patio se levantaba una fuente antigua de mármol verde, flanqueada por cuatro columnas de pórfido: á su alrededor había plantados jazmines altos como árboles; sus flores, especie de estrellitas plateadas, sonreían entre el sombrío follaje, cayendo luego como nieve olorosa en vasos cincelados en alabastro. Se oía el murmullo del agua que salía de los pilones, corriendo por un lecho de piedrecitas y mariscos de finos matices.

También ofrecía un aspecto agradable en este patio la mezcla de montones de arneses y equipos. Sujetos á los anillos de hierro clavados en la pared, piataban los caballos de raza, ricamente aparejados, de los ancianos de la vecina tribu de los Metualis; las acémilas más modestas de los banqueros armenios de Beyruht; las mulas de los comerciantes de Alepo que habían ido á contratar un empréstito, y los asnos negros de los religiosos maronitas. Echados sobre el vientre, las patas dobladas bajo del cuerpo, rumiaban los dromedarios, estirando su largo pescuezo y haciendo sonar sus collares, para distraer algún tanto el enojo.

Ningun centinela vigilaba los puestos. Penetramos sin encontrar el menor obstáculo. Los *sais* que guardaban las cabalgaduras, tendidos sobre esteras y fumando la pipa con una voluptuosidad manifiesta, no se movieron para recibirnos, y apenas volvieron hácia nosotros sus rostros graves y apáticos. Solo el Oriente posee esa indolencia profunda que nada puede turbar.

Una serie de pórticos de tal modo aproximados que parecían un claustro, separaba este primer patio del segundo, en cuyo fondo se levantaba el palacio.

Este edificio es inmenso, su arquitectura la más compacta que se puede imaginar, superior á toda descripción, es un resumen de todas las fantasías de todos los siglos; la arcada morisca sucede allí á la ojiva gótica, y la adornada escalinata del Renacimiento al más sencillo pórtico bizantino. Hubiérase dicho que cada generación había querido llevar su piedra á aquel monumento.

La fachada que por sí hubiese sido demasiado ancha se interrumpía tres veces para dejar paso, como á centinelas de piedra á unos pabelloncitos, que uniéndose hábilmente, interrumpían de pronto la perspectiva cuando iba á hacerse cansada. *Kioskos* esbeltos, ligeros, aéreos, se ligaban los unos á los otros por elegantes arcadas que sostenían haces de columnas. Al lado de un edificio cuadrado un poco rígido y cuyas caras se cortaban en ángulo recto, adelantaba una rotonda su obeso vientre. Hasta los mismos tejados, esos adornos de las casas tan ridiculos entre nosotros como los de los hombres, son allí de la más agraciada originalidad: los *kioskos* llevan sombreretes chinos; las pagodas cobertizos como las querasas suizas; la cúpula central se ensancha y se afina dos veces, mientras que las azoteas con balaustradas se extienden como un paseo suspendido sobre las galerías, cuyos balcones están cerrados por follaje de hierro y la malla de verjas, en donde antiguamente cantaban las amorosas tórtolas del harem turco.

Era á la vez esta fábrica una fortaleza, un palacio y una casa de recreo.

No habíamos pasado el pórtico, cuando dos guardias

armados de pies á cabeza, salieron de la portería ó hicieron señas á los *sais* vestidos de blanco, con botas de montar negras y *lastrosas* como el ébano, para que nos cogiesen los caballos.

Habia audiencia en casa del emir, soberano ó poco menos de aquella parte de la montaña, y aun quedaban al llegar nuestra caravana algunas visitas.

Atravesamos una larga serie de departamentos, donde los secretarios vestidos de negro y sentados en los talones, escribían con plumas de caña sobre tiras de papel de una pulgada de ancho y un pié de largo.

El emir estaba en la última pieza, amueblada verdaderamente á la oriental, con pocos muebles. El diván de seda carmesí adornaba la pared; la estera india tejida con brillante paja cuyos vivos colores se combinan en suave armonía, cubría el pavimento; y un cono de siete caras cincelado en cobre, filigranado como el pánal de miel y sostenido por dos pilares, estaba dispuesto á recibir el brasero en la estacion de los frios. Delante del emir, veíase una mesa incrustada con nácar sobre la plataforma, dos pies mas alta que el resto de la habitación y cubierta por un tapiz tejido en las fábricas de Teheran; la parte de muro que servía de respaldo estaba forrada de abundantes pliegues formados por ricas cortinas de damasco. Todo ello tenía cierto aire engañoso de solio. El emir se aproximaba algun tanto á la majestad de un rey.

Al vernos se levantó y dió algunos pasos para recibirnos, y nosotros le besamos la mano con todas las muestras de respeto y cordialidad posible.

Cuando terminaba la audiencia de cada solicitante, iba á tomar asiento en el diván. Un pajecillo encendía la pipa, colocaba el cubo de arcilla sobre un platillo de cobre, y teniendo por el medio el tubo de jazmin, presentaba la boquilla de ámbar al recién llegado, que saludaba poniendo la mano en el pecho y bajando la cabeza hasta el suelo.

Después que todos los negocios se dieron por terminados, dos negros vestidos con casacas alzaron con sus mazas-horquillas los *portieres*. El emir se levantó, atravesamos tras él un pequeño vestíbulo con columnas de madera unidas por arcadas moriscas, y penetramos en la espaciosa cámara donde nos esperaba el festín.

Numerosos servidores nos conducían á las mesas aisladas, dispuestas para cinco ó seis convidados, pero sin manteles. Eran estas mesas de lustroso ébano ó de sándalo, cuyas fibras exhalaban un perfume penetrante, descansando sobre piés bajos, cuadrados y sólidos, rodeadas á guisa de asientos, de pilas de almohadones de tapicería, sobre los que cada cual se colocaba segun su voluntad, unos sentados, otros de rodillas descansando sobre los talones, y los mas medio acostados.

La comida estuvo silenciosa y me pareció larga, como parecen siempre á los jóvenes las reuniones en donde no hay mujeres. Ignoraba que entre los príncipes cristianos del Libano, solamente á los postres se presentaban las damas; lo contrario de lo que se hace en algunos países de Europa.

Las mujeres están ausentes durante la parte grosera de la comida, dedicada á la alimentacion material, al pan, á las legumbres, á las carnes que devora el hambre; se presentan cuando no tenemos mas que pensar en ellas, para darnos con la alegría de su presencia los sabrosos frutos, el perfume de las flores y el aroma sutil y delicado del café. En este punto la civilizacion oriental está mas adelantada que la europea.

En el umbral de la puerta, entre gran número de doncellas drusas, aparecieron las dos hijas del emir.

Los convidados no se cuidaron de su entrada: hizo menos efecto en el banquete, que un camarero cargado de helados en un salon de baile.

Las hijas del emir eran bellas como la encarnacion viviente de los sueños voluptuosos del Asia; blancas como dos azucenas, ojos negros, largas pestañas y sedosas que velaban la mirada siempre baja; la sombra de su párpado palpitaba sobre sus mejillas como las alas de un pájaro; cejas que se hubiesen creído trazadas con tinta por un pincel chino; estatura alta y cuerpo flexible como un junco; el vestido de grana recamado de oro, dejaba ver un cinturón de radiantes matices que sujetaba á las caderas anchos pantalones con rayados pliegues flotantes. Su cabeza, demasiado pálida, como casi todas las de las mujeres que viven encerradas, se rendía bajo el peso de gruesas trenzas sujetas en la una por un ramo de jazmin y en la otra por una flor de granado. Sus piés pequeños y perezosos se ocultaban descalzos en la rastrera babucha.

El Oriente presentaba á mis ojos un rincón del paraíso de Mahoma, en donde las huris están encargadas constantemente de la felicidad de los escogidos.

No sabia qué trataban de hacer aquellas encantadoras criaturas en medio de treinta convidados, mucho mas entretenidos en comer carnero relleno que en rendir homenajes á la belleza.

Empezaba á impacientarme, cuando los negritos condujeron bandejas llenas de conservas, frutas y sorbetes, que las mujeres empezaron á ofrecernos. Era necesario dejarnos servir por aquellas bellas niñas que desplegaban naturalmente y sin coquetería todas las inocentes seducciones de la educacion oriental, inclinándose delante de nosotros medio prosternadas; tocando con humildad los extremos de nuestros vestidos, y llevando sin cesar de la boca á la frente sus largas manos llenas de donaire, que parecían sembrar besos.

Estas reinas de la belleza, educadas en el respeto del hombre para que le adoren como siervas, cumplian con todos los deberes de la hospitalidad con una gracia encantadora. La mas jóven se aproximó á ofrecerme dul-

ces mezclados con rosas que tenían el aroma y matices de las flores. Se figuraba uno que comía en un ramillete al ver los granos brillantes del azúcar cande, que imitaban las gotas de rocío que las noches de primavera lloran en el cáliz de la flor para abrir su capullo.

Habia tomado delante de mí esta jóven una actitud de timidez inocente que hubiese envidiado un escultor; ligeramente inclinada hácia adelante, una mano tendida y con la otra recogiendo el vestido demasiado abierto, invitándome á comer con su mirada.

Yo me apresuré á recibir su ofrenda para que cesase aquel arrebatador embarazo, aunque por otro lado me gozaba en su virginal emocion. Un druso sentado á mi lado alargó el brazo y tomó la copa de cristal, sin mirar quien se la presentaba.

Levantáronse las mesas y trajeron las guzlas. Las hijas del emir se pusieron á cantar, mientras que los hombres acurrucados sobre las almohadas, tendidos sobre la estera, en los divanes, se abandonaban al dulce y muelle éxtasis del tabaco, padre fecundo de sueños despiertos.

Poco á poco las canciones se apagaron en los labios medio cerrados de las odaliscas cristianas, y no se oyó mas que á intervalos el tenue sonido de las cuerdas. Pronto los brazos de los convidados cayeron á lo largo de los cuerpos rendidos. La música enmudeció, y cada uno de los huéspedes fué retirándose á dormir á su aposento. Así concluyó el banquete maronita.

B. DEL BARCO.

Algunas razas de la Nueva Granada. (1)

Fijemos primero nuestras miradas sobre el morador de nuestras costas: demos la preferencia á las del Sur. ¿Cuáles son las pasiones, cuáles las virtudes, cuál el carácter del hombre que habita estas regiones? Hé aquí lo que he recogido en mis viajes. El indio de las costas del Océano Pacifico es de estatura mediana, rehecho y membrudo: sus facciones, aunque no bellas, nada tienen de desagradables: el pelo negro, grueso, algun tanto ondeado, poca ó ninguna barba: la piel bronceada y mucho mas morena que la de los demás habitantes de la cordillera. Sus mujeres en poco se distinguen de los hombres. La belleza, los rasgos delicados que distinguen su sexo en los demás pueblos de la tierra, aquí parece que faltan. El pecho, la voz y un trozo de lienzo envuelto á la cintura son los únicos caracteres exteriores que las distinguen. Si los rasgos varoniles de su fisonomía las acercan á los hombres, sus ejercicios las confunden con ellos. Carga, corre, nada, navega con la misma intrepidez y valentía: va á la pesca y sigue al marido á la caza. Es verdad que no se arma ni ataca á las fieras con valor; pero ve los combates con un semblante sereno y sin estremecerse. Es verdad que hila, lava, teje, adereza el alimento, aseá la casa y su familia; pero con un aire de nobleza y dignidad, con no sé qué de feroz que parece indicar que obra por necesidad mas bien que por inclinacion. El pelo suelto ó llamado hácia la espalda con un ligero trenzado. Las orejas perforadas de donde penden pequeñas arracadas. Los amores en ellos son tranquilos y manifiestan la dureza de su constitucion y de sus ejercicios. Apenas conocen los celos, esta pasion terrible que envenena todos los momentos. Tan taciturnos, tan graves y tan serios en el tiempo de sus trabajos, tan pacientes en la caza como lecuaces, bulliciosos é inquietos en sus festines. En estos beben, comen y danzan sin moderacion y sin freno.

Al cabo de tres, cuatro ó mas dias oyen con igual placer el sonido monótono de un tambor y de otros instrumentos tan rústicos como el país. Cuando el indio rema largo tiempo, cuando derriba los árboles enormes de sus selvas, cuando está cubierto de sudor bajo ese cielo ardiente, entonces se arroja al agua y se baña con gran placer. Si los olores gratos son tan mortales á sus mujeres como á las nuestras cuando acaban de parir, la dieta, el recogimiento, el abrigo les son absolutamente desconocidos. El baño, el remo, los trabajos domésticos, en una palabra, todos los ejercicios de su vida en nada se alteran con el parto. Tan generoso y pródigo de lo que produce su país, como avaro de lo que le entra de la cordillera ó viene de regiones distantes, el maíz, la yuca, el plátano y la carne de los animales silvestres son los únicos alimentos de que usa. Nada desea: contento con su destino y con su país, mira con indiferencia al resto de la tierra. Vive sin inquietudes y sin remordimientos; la muerte misma no lo turba; la ve acercarse con ojos serenos y espira con tranquilidad. Este es el indio de las costas del Sur.

El mulato se distingue del indígena sin mezcla por muchos rasgos característicos. Es alto, bien proporcionado, su paso firme, su posicion derecha y erguida; su semblante serio, el mirar oblicuo y feroz; casi desnudo, apenas cubre las partes que dicta la decencia. Ceñido de una fuerte cuchilla, el remo en una mano, coloca con majestad la otra en la cintura. Intrépido, arrostra todos los peligros, y se arroja con alegría sobre un leño en medio de un mar tempestuoso ó acompañado de sus perros, con una lanza en la mano recorre los bosques interminables; allí le declara la guerra al tigre, al león, al zaino y al tatabro; triunfa, y cargado de los despo-

(1) El señor don José Joaquín Ortiz ha tenido la bondad de remitirnos una escogida coleccion de poesias y cuadros de costumbres publicada en Bogotá bajo su direccion con el título de la *Guirnalda*, de la cual vamos á entresacar algunas producciones para nuestro periódico, dando al mismo tiempo las mas cumplidas gracias al señor Ortiz. — M. U.

jos de estas fieras, vuelve orgulloso á ponerlos con desden y dureza á los piés de la que hace el objeto de sus amores. Sus bosques, estos bosques amados de que saca la mejor parte de su subsistencia, hacen sus delicias y los mira como el asilo de su libertad. Aquí respira un aire embalsamado y libre, se halla independiente y todo lo tiene bajo su imperio. Las mismas fieras son para él un patrimonio inagotable; estas son sus vacadas y sus rebaños. Sin los cuidados que exigen la oveja, la cabra y el cerdo, le prestan ocasiones de hacer brillar su ligereza y su valor. Mil veces ha triunfado de sus dardos venenosos con las yerbas que tiene á la mano y cuyas virtudes conoce. Cuando la sociedad en que vive quiere poner freno á sus deseos, cuando el jefe quiere corregir los desórdenes, entonces viévese sus ojos á los bosques tutelares de su independencia. Cuatro tuestos, una red, una hacha, su cuchilla y su lanza, se colocan con velocidad sobre la barca, á donde le siguen su esposa y su familia: rema, atraviesa el laberinto de canales que forman los rios hácia su embocadura, se hunde después en las selvas y se arranca para siempre de una sociedad que coartaba sus deseos, ó que castigaba sus delitos. El carácter duro que lo distingue lo conserva hasta en sus amores. No son los halagos, no los servicios los que le aseguran las conquistas. Un mono, un zaino, un armadillo, un pescado ofrecido con fiereza, unas miradas menos duras, alguna vez promesas y aun amenazas son los resortes que pone en movimiento. Apenas se ha hecho dueño de un corazón, dicta leyes severas cuya transgresion castiga con la muerte ó con las mas duras penas. Este es un tirano, aquella una infeliz.

Si comparamos á estos con el indio y las demás castas que viven sobre la cordillera, veremos que aquel es menos bronceado, sus facciones se parecen á las de los que viven en las costas: el pelo cerdoso y absolutamente lacio. Estos son mas blancos y de carácter mas dulce. Las mujeres tienen belleza, y se vuelven á ver los rasgos y los perfiles delicados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y de justicia, una sociedad bien formada, y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente, un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta zona tórrida del corazón humano, no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan y toman el idioma sublime y patético de la poesia. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios son los que hacen los ataques. Los celos tan terribles en otra parte y que mas de una vez han empapado en sangre la basa de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la espada, con la carnicería, con la muerte. Las castas todas han cedido á la benigna influencia del clima, y el morador de nuestra cordillera se distingue del que está á sus piés por caracteres brillantes y decididos. Después de esto, ¿se dirá que no tiene ninguna influencia sobre nuestro ser el clima y la temperatura? ¿Se me preguntará qué diferencias he notado en los diversos climas que he recorrido para obligarme á decir que se puede tocar su influencia sobre nuestra constitucion?... ¡Ah! ¡si me fuera permitido levantar el velo, si pudiera indicar en un escrito público con caracteres sencillos los usos, las costumbres, las preocupaciones, las virtudes y los vicios de los diferentes pueblos que he visitado en mis excursiones!

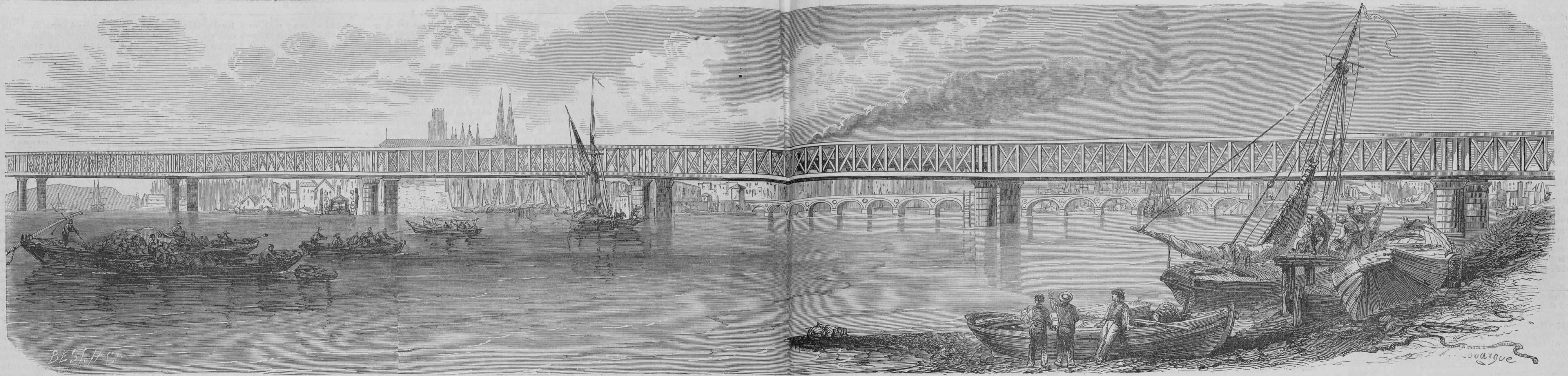
El puente metálico de Burdeos.

Las construcciones metálicas han tomado desde hace algunos años un desarrollo inmenso, y tienden sobre todo á reemplazar los puentes de piedra para atravesar las corrientes de agua. En nuestros tiempos en que el ferro-carril reemplaza casi por todas partes á la carretera ordinaria, en que la locomotora ha destronado á la pacífica diligencia, es necesario despachar pronto y construir barato, doble problema resuelto con la sustitucion del metal al ladrillo.

Dos puentes metálicos fijan en este momento la atencion de la Francia industrial. El uno de 250 metros de largo está sobre el Rhin enfrente de Kehl; el otro, del que nos vamos á ocupar ahora, es el puente de Burdeos que se halla sobre el Girona empalmando las líneas férreas de Orleans y del Mediodía.

El problema presentado á las dos compañías era difícil. La excesiva anchura del rio (unos 550 metros); la profundidad de las aguas que varia de 7 á 13 metros; la velocidad de la corriente directa que es de 2 á 3 metros por segundo; la fuerza contradictoria de la corriente de marea, que se hace sentir hasta 40 kilómetros mas arriba de Burdeos; el suelo arcilloso, todo se reunía para hacer de esta empresa un asunto de noble emulacion, tanto mas, cuanto que era preciso luchar sin desventaja con la peligrosa proximidad del célebre puente de piedra situado á 800 metros de distancia, y que se considera como una obra clásica en los anales de puentes y calzadas.

Los ingenieros de entrambas compañías dieron á luz



NUEVO PUENTE METALICO SOBRE EL GIRONDA EN BURDEOS.

varios proyectos, y al cabo de un estudio profundo y de una minuciosa discusion, las compañías adoptaron de comun acuerdo el proyecto presentado por M. A. Bommart, ingeniero en jefe de puentes y calzadas y director de la construccion de los ferro-carriles del Mediodia. Sancionado el proyecto por el consejo superior de puentes y calzadas, la compañía del Mediodia se encargó de la construccion del puente, cuyo costo debian sufragar por mitad las dos compañías, y M. Bommart

dirigió la ejecucion teniendo bajo sus órdenes á M. de Laroche Talay como ingeniero en jefe, y á M. Regnault como ingeniero ordinario. Por último, la ejecucion de los trabajos fué adjudicada á la compañía general de material de los caminos de hierro, cuyo director general es M. Pauwels, quien confió la direccion superior á M. Ch. Nepveu, ingeniero civil. La construccion empezada en mayo de 1858, se concluyó en agosto último; de modo que solo ha durado dos años y tres meses. On-

ce años se necesitaron para construir el puente de piedra. Hé aquí ahora la descripcion exacta de esta hermosa obra. — El puente tiene 500 metros de largo entre el estribo de la orilla izquierda sobre el muelle de Paludate en Burdeos, y el estribo derecho de la Bastide; su anchura de eje á eje de las vigas es de 8 metros; los arcos son siete, de los cuales los dos de los extremos tienen 37^m,36, y los cinco restantes 77^m,5 de eje á eje.

El puente propiamente dicho es de hierro batido formado de dos vigas con cerros, que sostienen en su parte inferior las piezas de puente transversales y unidas en la parte superior por un sistema de contravientos que deja ver el cielo por grandes intervalos triangulares. Estos cruceros hacen que la via esté bien alumbrada y ventilada. Las vigas están separadas de ocho metros de eje en eje, y descansan sobre los pilares por medio de resbaladers de fundicion destinados á permitir la dilatacion. Las piezas de puente están separadas 3^m,37 y sostienen en su parte superior el tablero de madera sobre el cual están los rails.

Siendo siete los arcos, los machones son seis; el puente de piedra tiene diez y siete. Cada machon está compuesto de dos tubos de fundicion separados 8 metros de eje en eje y llenos de beton; cada uno de estos tubos está formado por un veinte y ocho anillos de 1^m,5 de altura, de 3^m,60 de diametro, y 0^m,4 de grueso de fundicion.

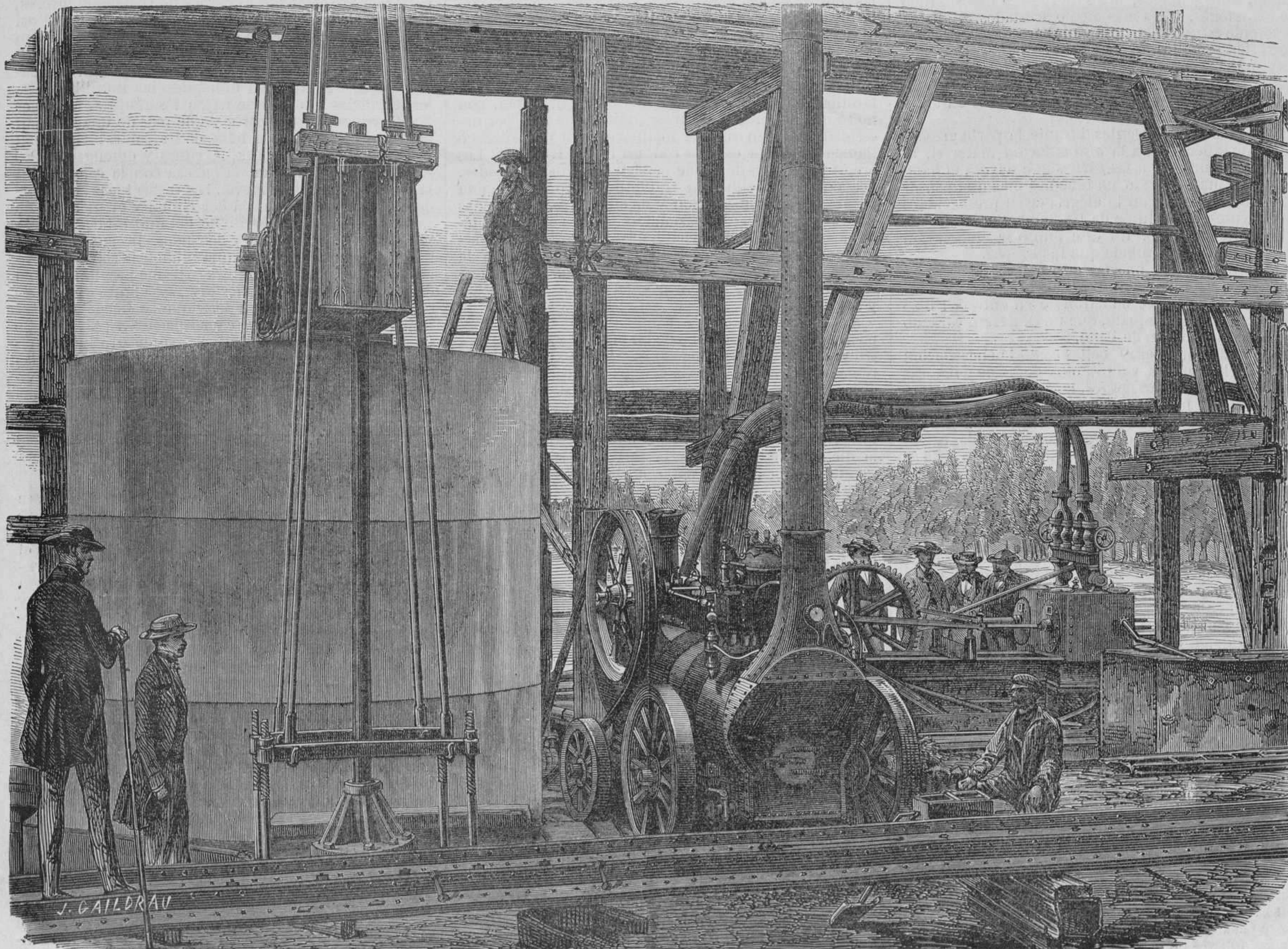
La profundidad de los tubos en el suelo varía de 7^m,50 (1^{er} machon, derecha) á 13^m,80 (4^o machon), lo que da por término medio 10 metros de profundidad; ahora bien, como cada machon tiene además 10 metros en el agua y 1 metro

encima, resulta que la altura de los machones es de 29 metros.

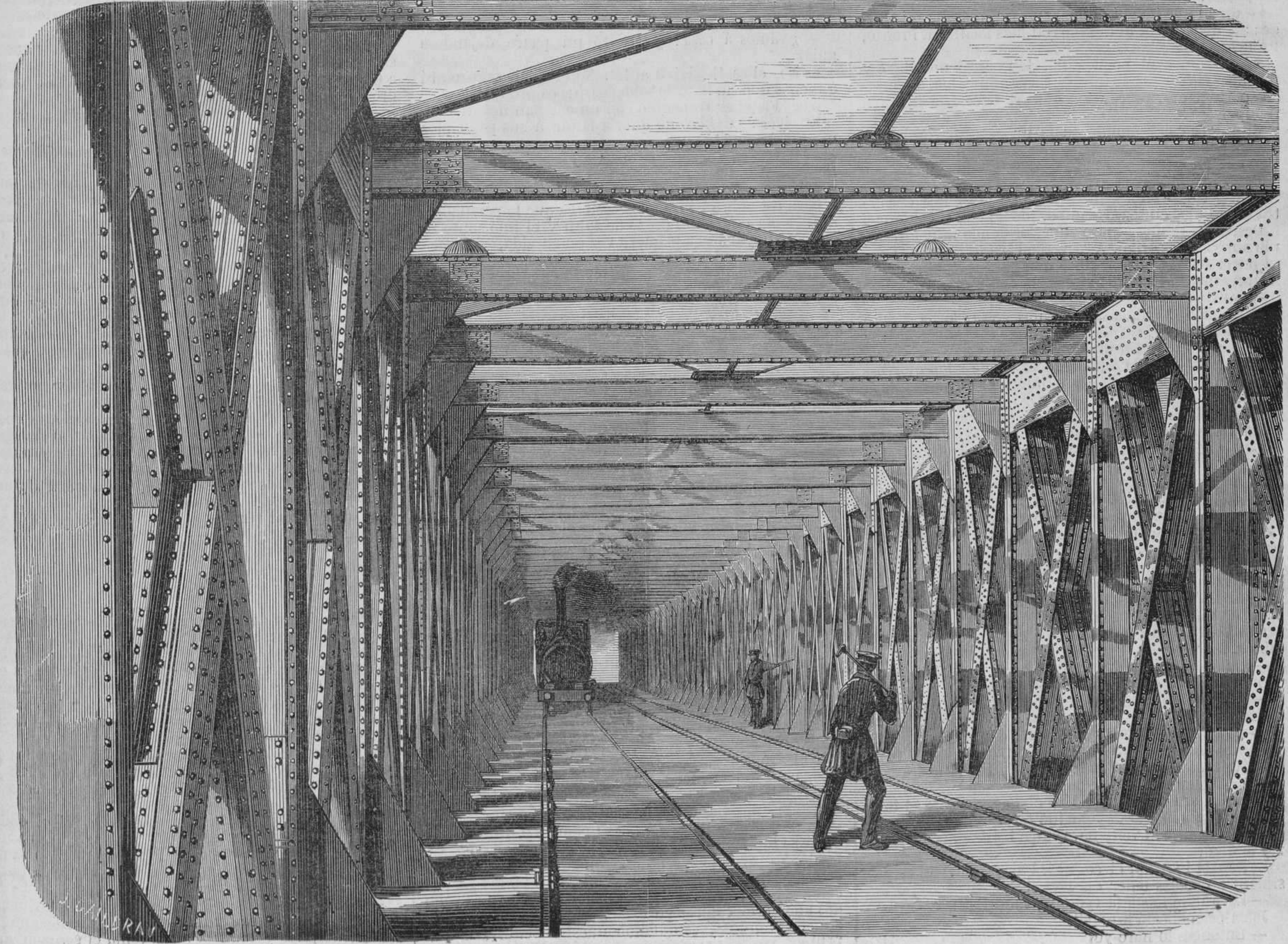
El machon mas profundo tiene su nivel inferior á 22 metros mas arriba del nivel del agua; para cimentarlos se ha modificado el empleo del aire comprimido simplificando el modo de colocacion del contrapeso necesario para vencer la resistencia del aire. Esta simplificacion muy ingeniosa y debida á la empresa merece ser señalada.

En el aparato de Rochester empleado hasta aqui generalmente, la carga destinada á provocar el hundimiento de los tubos se colocaba directamente sobre la cabeza del cilindro; en el puente de Burdeos la carga ha sido aplicada por medio de cuatro prensas hidráulicas, dos en cada tubo, que permitan á voluntad hacer penetrar los cilindros en el suelo, sea por aspiracion dejando escapar el aire comprimido, sea por la accion directa de la carga.

Uno de los dibujos que acompañan á este artículo da una idea justa de cómo se han construido estos machones. Al lado del machon hay un locomovible que por una parte sirve para sacar las arenas, en tanto que por la otra hace mover la bomba que lleva el agua á las dos prensas aplicadas á cada tubo. Esas prensas están colocadas verticalmente; sus trncos de émbolo que recorren 3^m,30, están reunidos de dos en dos con yugos que descansan en la parte superior del tubo, disposi-



SISTEMA PARA EL ESTABLECIMIENTO DE LOS MACHONES.



LA VIA FERREA SOBRE EL PUENTE.

ción á cuyo beneficio se puede aplicar la carga como se quiere. El contrapeso compuesto de rails y de arena, está en la extremidad de las vigas que sostienen las prensas. La carga no necesita pues ser variable, en atención á que las prensas transmiten á cada momento la fracción del peso total necesario para producir el hundimiento. Llegado el cilindro á la profundidad y sacada la arena, echaban el beton preparado, y luego despues de haberle machacado, añadan un nuevo anillo metálico que unian al anterior sólidamente.

Así se ha podido levantar en veinte y siete meses este venerable monumento industrial que hará figurar los nombres de MM. Bommart y Surell, que le reemplazó como director en agosto de 1839, de Larroche, Talay, Regnaud y Nepveu al lado de los de MM. Deschamps y Billaudel, ingenieros del puente de piedra, cuya construcción se empezó en 1810 y se terminó en 1821, costando mas de 20 millones de francos, en tanto que solo se han gastado en el puente metálico tres millones quinientos mil francos.

Se han empleado 3,000 toneladas de hierro y hierro batido para el puente, y 1,200 toneladas de fundición para los machones.

Los instrumentos de los talleres se construyeron expresamente por MM. Pauwels y Nepveu, que con justicia pueden envanecerse de haber llevado á buen fin una obra semejante en tan corto tiempo.

P. P.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

No obedecemos; John me hizo quedar atrás un instante.

— Lo venderá, Phineas, pues spongo que le obligaris á ello. Pero con ayuda de Dios, yo impediré toda desgracia. En cuanto á vos, volved.

No podía decidirme á volver; por fortuna, el momento no era oportuno para entrar en discusiones.

John siguió á mi padre y yo seguí á John. En cuanto á Jael habia desaparecido.

Un sendero conducía de la tenería al molino. Le seguimos en silencio. Las cercanías del molino estaban desiertas, pero oímos clamores en las orillas del rio, y vimos hombres que echaban á tierra la pared de nuestro jardín.

— Creen que ha entrado en su casa, me dijo mi amigo; así llegaremos al molino con mas facilidad. Pronto, Phineas.

Atravesamos el puentecillo, John sacó una llave y nos hizo entrar por la única puerta que habia, atrancada fuertemente, precaucion que era necesaria en aquel tiempo.

El interior del molino tenia un aspecto sombrío y extraño, sobre todo el cuarto de la maquina, sin otro suelo que la negra y peligrosa corriente que corría por debajo.

Allí permanecimos un buen rato; pues nos encontrábamos mas en seguridad porque no habia ventanas.

Despues subimos al piso superior donde mi padre tenia sus sacos de trigo. A la verdad habia bastantes para hacer en aquellos tiempos una gran fortuna... ¡una fortuna maldita adquirida á costa de la vida humana!

— ¡Oh! ¡Cómo ha podido mi padre!

— ¡Silencio! Phineas, murmuró John; lo ha hecho por amor á su hijo.

En tanto que mi padre contaba con una sonrisa expresiva pero extraña aquellos costales de trigo que casi valían lo que pesaban de oro, oímos grandes golpes á la puerta.

Habian llegado los revoltosos, si es permitido llamar así á un puñado de hombres miserables, extenuados por el hambre, que nos arrojaban piedras y nos injuriaban. Un pistoletazo les habria dispersado fácilmente, pero los principios de mi padre se oponían á toda resistencia á mano armada. No obstante, á pesar de su corto número, habia algo de terrible y de desgarrador en el grito sordo y prolongado que aquellos infelices lanzaban por intervalos.

— ¡Los sacos de trigo! ¡queremos pan!

— Danos pan, Abel Fletcher

— Abel Fletcher os dará pan, miserables tunantes, les gritó mi padre asomándose á la ventana.

Gritos de triunfo y de maldición acogieron estas palabras.

— ¡Oh! está bien, exclamó John; gracias, Abel Fletcher, ya sabía yo que acabaríais por ceder.

— ¡Tú lo sabías, jóven! exclamó mi padre con sorpresa.

— ¡Oh! No porque os obligan á ello, no por salvar vuestra vida, sino porque es justo.

— Ayúdame á levantar este costal, fué la única respuesta.

El costal era pesado, pero no demasiado para el brazo juvenil y robusto de John; le levantó del suelo.

— Ahora abre la ventana, rompe los cristales... pronto, te digo.

— Pero si lo hago, el costal irá al agua... No es posible... no podeis tener esa idea...

— Levántale hasta la ventana, John Halifax.

John permaneció inmóvil.

— Entonces lo haré yo.

Y en el esfuerzo desesperado que hizo mi padre, el saco de trigo cayó sobre su pié doliente. Exasperado por un dolor muy vivo, fuera de sí, pues no puedo creer que mi padre hubiese hecho jamás aquello á sangre fría, su fuerza se triplicó de repente; cogió el costal, y un instante despues le vimos caer en el rio

¡En el rio! ¡aquel trigo precioso; y á la vista de aquellos hombres hambrientos!

Se oyó un rugido de desesperacion y de furor. Algunos se arrojaron al agua antes de que los surcos trazados por la caída de aquella masa hubiesen desaparecido, pero era demasiado tarde. Un cuerpo cortante en el fondo del rio habia abierto el costal, y en breve distinguimos miles de granos dispersados en la superficie del agua, que seguían la corriente haciendo remolinos.

Algunos hombres lograron coger algunos puñados de ellos, pero la corriente era rápida cerca del molino, y muy luego el trigo se perdió de vista, excepto lo que quedaba en el saco cuando fué arrastrado á la orilla. Los infelices se arrojaron sobre aquellos restos.

Este espectáculo era desgarrador. ¡Quién no habria implorado entonces la conmiseracion del Padre de la familia humana!

John se tapó los ojos con las manos y murmuró un nombre que aunque era yo jóven aun, nunca habia oido pronunciar sino con gran respeto.

Abel Fletcher se habia sentado sobre uno de aquellos costales en un estado de abatimiento que no procedía solo del dolor físico. Pasado el arrebato de cólera, él, hombre tan justo, no podia menos de pensar en lo que habia hecho. Parecia estar vencido; algo como un remordimiento se leía en sus facciones.

John le miró y volvió la cabeza. Escuchó un instante las voces cada vez mas fuertes, y luego volviéndose hacia mi padre, exclamó:

— Venid, no podemos perder un segundo; van á incendiar el molino.

— Déjalos.

— ¡Dejarlos! ¡y Phineas está aquí!

¡Pobre padre! Se levantó al punto y le ayudamos á bajar.

Su pié le dolía mucho; su rostro estaba pálido y contraído por el sufrimiento, pero no pronunció una palabra, no exhaló un gemido.

El molino estaba construido sobre estacas en medio del riachuelo, y el puentecillo que á él conducía por cada lado apenas tenía algunos pasos de largo. La puerta miraba á Norton-Bury y estaba vuelta á los revoltosos que se hallaban en la parte opuesta.

Nos deslizamos sin que nos vieran por el puentecillo, y llegamos al sendero que habian practicado entre el molino y la tenería.

— Tomad mi brazo, dijo John, debemos despacharnos.

— ¿Vamos á casa? preguntó mi padre dejándose guiar.

— No, ellos llegarían antes. No estariis seguro allí á menos que no llameis soldados que os protejan.

Abel Fletcher respondió con un ademán negativo.

El severo cuáker no queria faltar á sus principios ni aun en aquel apuro.

— Entonces debeis ocultaros ambos durante algun tiempo. Venid á mi cuarto que estareis seguros. Phineas, persuadible; es en provecho de entrambos.

Pero mi pobre padre no necesitaba que le persuadiesen. Habia tomado el brazo de John y el mio sobre el cual se apoyaba por primera vez en su vida, y se dejaba conducir adonde nosotros queriamos.

Yo me encontré muy luego en la guardilla de Sally Watkins, que John habia ocupado siempre desde el dia en que yo le llevé á ella.

Sally habia salido para ver lo que pasaba en el pueblo. Nadie nos vió entrar excepto Jem, pero podiamos contar con su discrecion. Lo conocí en la sonrisa con que saludó á Abel Fletcher.

— Ahora, dijo mi amigo, arreglando la cama para que mi padre pudiese descansar, y envolviéndome á mí en su capa, debeis estaros quietos, pues probablemente tendreis que pasar aquí la noche. Jem os traerá luz y cena. Tratad de descansar, Abel Fletcher.

— Sí.

Era extraño oír hablar á John con un tono á la vez tan decidido y tan respetuoso, y era extraño oír á mi padre responderle con aquella serenidad.

— Y vos, Phineas, me dijo pasando uno de sus brazos en torno de mi cuello, segun su antigua costumbre, cuidaos; ¿estais un poco mas fuerte?

Por toda respuesta yo le estreché la mano, tiernamente conmovido con el sonido de aquella voz que me era en otro tiempo tan familiar.

— Ahora, adios; es preciso que me marche.

— ¿Y adónde? preguntó mi padre saliendo de repente de su apatía.

— Voy á tratar de salvar la casa y la tenería. Creo que debemos renunciar al molino. No os dé cuidado, Phineas, no corro peligro ninguno. Todo el mundo me conoce; además soy jóven. Cuidad de vuestro padre; yo volveré luego.

Me estrechó la mano con emocion, y despues le oí que bajaba la escalera. Todo me pareció que entraba en la sombra despues de su marcha.

La noche pasó lentamente. Mi padre agobiado por el dolor se habia arrojado sobre la cama y estaba durmiendo. Yo permanecí sentado contemplando el azul del cielo por las rendijas de la ventana. Casi olvidé los sucesos del dia; parecíame que habia dos semanas y no dos años que John y yo estábamos sentados cerca de aquella ventana, estudiando nuestro Shakspeare por primera vez.

Antes de caer la noche examiné el cuarto de John. Habia sufrido una completa trasformacion; los muebles eran mejores; una multitud de ingeniosas invenciones habian hecho de la guardilla un cuarto de dormir agradable y cómodo. En uno de los rincones habia un estante lleno de libros, la mayor parte de ellos científicos y prácticos. John era poco aficionado á la literatura del dia: Cowper, Akenside y Peter Pindar le eran indiferentes. Excepto Shakspeare, no tenia ningun poeta.

Evidentemente aun se consagraba á las artes mecánicas. Vi un telescopio cerca de la ventana, un tubo de carton con cristales ingeniosamente adaptados. Varios fragmentos de obras en miniatura, la mayor parte de ellas mecánicas, estaban esparcidos por el suelo, y encima de una silla habia un telar de tejedor, muy pequeño, pero perfecto en cuanto al trabajo, y sobre el cual unos hilos tejidos ya producian una trama bastante parecida á la del paño.

Yo habia examinado todos estos objetos sin notar que mi padre se habia despertado y tambien los examinaba.

— El muchacho trabaja, exclamó como hablando consigo mismo; tiene talento y destreza en la mano.

Me sonreí, aunque sin aparentar que habia oído nada.

La noche se pasó menos apaciblemente que en Norton-Bury, pues cada vez que me aventuraba á abrir la ventana, oía clamores y ruidos de mal agüero en las calles. No podia menos de temblar por John, pero me tranquilizaba pensando en su prudencia y valor. Y despues ¿no era conocido de todo el mundo?

Jem entró á la hora de la cena, pero sin traernos ninguna noticia. Me dijo que habia estado de guardia en la escalera, segun le habia mandado M. Halifax.

Mi padre no le hizo ninguna pregunta, ni siquiera acerca del molino. Por momentos, al ver sus ojos, se habria dicho que aun creía tener delante á aquellos hombres hambrientos disputándose el grano precioso que con mano criminal habia destruido.

Que Dios me perdone si le juzgo con severidad; pero creo que hasta el dia de su muerte esa cruel imágen no se borró jamás enteramente del espíritu de mi pobre padre.

Jem estaba bastante dispuesto á hablar; en su sencillo lenguaje observó que el amo estaba muy alerta, y luego me preguntó si no me parecia que estaba bien arreglado aquel cuartito.

Yo á mi vez le pregunté si su madre se hallaba en mejor posicion.

— ¡Oh! sí, M. Halifax le paga una buena pension, y ella le cuida lo mas que puede. Es verdad que él no exige mucho, pues se halla todo el dia ausente.

— Y por la noche, ¿qué hace?

— Estudia, me respondió Jem con gravedad; ¡es un sabio! pero eso no le impide enseñarnos un poco á leer á Charley y á mí. Es muy bueno para nosotros; mi madre dice que M. Halifax...

— Que se vaya ese chico, Phineas, murmuró mi padre volviendo la cara hacia la pared.

Obedecí, pero antes pregunté á Jem en voz baja si sabia cuándo volveria John.

— Me ha dicho que quizá no volveria hasta mañana. Hay muchos picaros por las calles, y se va á quedar toda la noche en la tenería ó en vuestra casa, temiendo un incendio.

Esa palabra hizo estremecer á mi padre.

— Mi casa... mi tenería... debo levantarme al punto... ayúdame. Siempre habrá unos veinte de mis hombres cerca de aquí... ¡ah! olvido, Phineas, que tú no sabes nada.

Trató de vestirse y de andar; pero volvió á caer anodado de dolor y de cansancio. Yo le obligué á que se metiera de nuevo en la cama.

— Phineas, hijo mio, me dijo con una voz quebrantada, tu pobre padre se pone tan débil como tú.

Pasamos una noche cruel, ora durmiendo, ora despertándonos sobresaltados al menor ruido ó al chasquido del largo pábilo de la veta de sebo, que el miedo trasformaba en el resplandor de un incendio.

De cuando en cuando mi padre murmuraba algunas palabras acerca de John y del peligro.

Yo nada decía: rezaba.

Así se pasó una parte de la noche.

VIII.

Despues de las doce conocí en la ruidosa respiracion de mi padre que se habia dormido, y di gracias al cielo.

Yo no podia pegar los ojos; todas mis facultades estaban excitadas; mi cuerpo débil y mi espíritu tímido se habian vuelto de repente fuertes y activos, capaces de concebir y de ejecutar un proyecto. Aquella noche al menos sentí que era un hombre.

Mi padre tenia por lo comun un sueño profundo; estaba yo seguro de que nada le despertaria antes de amanecer, y así mi deber no me hacia ya estar á su lado.

Bajé pues de puntillas á la cocina de Sally, donde Jem, el fiel guardian, se habia dormido junto á una escasa lumbre; yo le toqué en el hombro, y al punto se levantó, me cogió por la garganta y estuvo á punto de derribarme.

— ¡Oh! perdonadme, M. Phineas, ¿no os he hecho daño? exclamó con lágrimas en los ojos, pues aunque habia cumplido ya quince años, tenía el corazon mas tierno que se puede imaginar.

— ¿Dónde está M. Halifax?

— No lo sé; más no sería difícil hallarle; únicamente me dijo que había de permanecer aquí señalando la escalera, y por eso me quedo.

Jem se volvió a sentar con aire sumiso, pero poco satisfecho, al lado de la lumbre. Era evidente que por nada en el mundo habría abandonado su puesto. Velaba pues el sueño de mi padre con tanta vigilancia, como habría podido hacerlo un grueso perro de la tenaría, que era tan bravo como un león y tan dócil como un niño.

— Jem, le dije con resolución, dame tu ropa y tu sombrero, voy a salir.

El muchacho se quedó atónito y con la boca abierta, en tanto que yo le quitaba su ropa y descorría los cerrojos de la puerta.

— Pero M. Halifax me ha dicho que...

— Voy a buscarle, respondí echándome fuera.

Todo lo que pasaba la línea del deber que le estaba prescrito era incomprendible para el pobre Jem, que se quedó en el umbral de la puerta mirándome con aire triste y resignado.

— Supongo que podeis hacer lo que queráis, pero M. Halifax me dijo que me quedara, y por eso no salgo.

Se metió adentro y le oí correr los cerrojos de la puerta; parecía estar decidido a guardarla contra todo el mundo, y esperando a John hasta el juicio final, si era necesario.

Pasé la callejuela y llegué a la calle Mayor que estaba desierta; me dije que habría podido prescindir de los vestidos de Jem, pues nada indicaba la presencia de los revoltosos que yo me prometía encontrar. Únicamente debajo de uno de los tres faroles que alumbraban el pueblo, vi algunas estopas untadas de resina que estaban ardiendo aun.

— ¡Habían pensado pues en ese terrible medio de destrucción, el fuego! ¡Mi terror era fundado!... ¡Nuestra casa y quizá John Halifax!...

Eché a correr; parecíame oír un murmullo confuso, y sin embargo no había nadie en la calle, nadie, excepto el guarda de la abadía que estaba medio dormido en la garita. Le pregunté si todo iba bien y en donde estaban los revoltosos.

— ¿Qué revoltosos?

— Los del molino de Abel Fletcher; quizá están en su casa ahora...

— Puede ser.

— ¡Y no hay un hombre en el pueblo que acuda en su socorro!... las leyes...

— ¡Oh! Es un cuáquero, y las leyes nada hacen por los cuáqueros.

Era ciertísimo desgraciadamente. La libertad y la justicia no eran más que vanas palabras en aquel tiempo para los no conformistas. Todo lo que sabían de la ley inglesa, es que su mano férrea se hallaba vuelta contra ellos.

Era inútil discutir sobre este punto; corrí a lo largo de la pared del campo santo, guiado por un resplandor rojizo que se reflejaba en los troncos de los árboles. Era una antorcha de cáñamo. Por fin había llegado en medio de los revoltosos.

No eran muchos, cuarenta cuando más; algunos jornaleros de los campos cercanos se habían unido a ellos. Habían llegado tan tranquilamente por el camino de Coltham, que sin el murmullo confuso que yo había oído, nadie habría notado su aproximación.

Sin embargo, aun no habían atacado la casa de mi padre que se alzaba al otro lado del camino, sombría y silenciosa. Unas voces furiosas resonaban en mi derredor.

— El viejo no está ahí.

— Ni nadie sabe en dónde está.

— No, a Dios gracias, dije yo para mí.

— ¿Están aquí todos? preguntó el hombre de la antorcha.

Los vestidos de Jem me hicieron entonces un gran servicio, pues nadie notó mi presencia, excepto un individuo escondido detrás de un árbol, y que me inspiraba cierto temor.

Parecía estar observando atentamente lo que pasaba.

— ¿Estais prontos, muchachos? ¡Que salga la antorcha, quemémoslos!

Afortunadamente en el conflicto que se siguió, la única antorcha encendida cayó al suelo, y pisada por todos se apagó: una horrible gritaría se alzó por todas partes. Perdí de vista al individuo oculto detrás del árbol, y no le volví a ver hasta que la muchedumbre se precipitó en tumulto hacia el farol más próximo. Se había quedado atrás y estaba cerca de nuestra verja mirando en su derredor. De repente abrió la verja, y a pesar de la oscuridad creí reconocerle.

— ¡John!

— ¡Phineas!

Al punto se halló a mi lado.

— ¿Cómo habeis podido?...

— ¡A todo me atreveré esta noche... pero, gracias a Dios, no estás herido!

Y le abracé tiernamente.

— Phineas, exclamó, no podemos perder un instante. Debo ponerlos en lugar seguro; tenéis que entrar en la casa.

— ¿Hay alguien en ella?

— Sí, está Jael, que vale tanto como un ejército de constables; ha hecho ya frente una vez esta noche a los revoltosos, pero no tardarán en volver.

— ¿Y el molino?

— Salvado hasta ahora. He puesto en él tres hombres de la tenaría desde ayer mañana, pero vuestro padre

no lo sabe. Toda la noche me he paseado aquí y allá esperando a que volvieran los revoltosos de los molinos del Saverne... ¡Silencio!... Ahí están... ¡Jael!...

Y llamó a la ventana.

Jael descorrió al punto los cerrojos, nos hizo entrar y cerró la puerta. Me pareció que estaba armada con las pistolas de mi padre.

— ¡Bravo! exclamó John cuando estuvimos los tres en la casa bien atrancada y oímos las voces amenazadoras de los de fuera; ¡bravo! Jael, ¡sois muy valiente!

Jael, envanecida con la lisonja, siguió a John de aposento en aposento.

— He hecho todo lo que me has dicho; eres un joven sensato, John Halifax; creo que nos hallamos seguros.

Pero ¿qué podían las barras de hierro y los cerrojos contra el incendio que nos amenazaba?

— ¡No pegarán fuego a la casa! repuso John, cuando se oyó mas terrible que nunca este grito:

— ¡Quemémoslos!

Por la ventana de una guardilla les vimos encender las antorchas. De tiempo en tiempo arrojaban una a la casa; pero la antorcha pegaba en la maciza puerta de encima y se consumía lentamente en los escalones del peristilo.

Solo servía para alumbrar los rostros desencajados de aquellos miserables.

John y yo retrocedimos ante aquel espectáculo.

— Quiero hablarles, exclamó Jael; quitad la barra; y antes de que yo pudiera oponerme a esto, asomaba su cabeza y decía:

— ¡Oídme, muchachos!

A esta voz fuerte é imperiosa todas las caras se volvieron hácia nosotros.

— Amigos míos, ¿sabeis á lo que os exponeis? La ley castiga con pena de muerte á los incendiarios.

Un grito de burla acogió estas palabras.

— No por la casa de un cuáquero; á nadie ahorcarán por haber quemado la casa de un cuáquero.

— Dicen la verdad, murmuró Jael entre dientes. Debemos combatir cuerpo á cuerpo.

— ¡Combatir! repitió John hablando consigo mismo, en pie cerca de la ventana que Jael había vuelto á cerrar y contra la cual arrojaban entonces las antorchas... combatir con esos... ¿Qué haceis, Jael?

Acababa de tomar un libro grande, el último que habría tomado en cualquiera otra ocasión menos peligrosa, y le empleaba para sostener un cristal roto.

— No, mi buena Jael, ese libro, no, exclamó poniendo en su lugar el volumen sagrado.

Un minuto ó dos se quedó con la mano apoyada en este libro, y luego, tocándome en el hombro, prosiguió:

— Phineas, voy a probar un postrer recurso; un recurso tan antiguo que ya casi es nuevo. Que salga bien ó no, atestigüareis á vuestro padre que he obrado con arreglo á lo justo.

Y abrió la ventana y dijo:

— Amigos míos, escuchadme.

Era aquello una mar alborotada. La respuesta que obtuvo fué una lluvia de proyectiles que por fortuna no llegó á su destino. Los revoltosos estaban muy distantes. Nuestra verja de hierro con puntas agudas que tenía de alto unos 8 pies era una barrera que ninguno de ellos se había atrevido aun á pasar. Por fin, sin embargo, una piedra lanzada al acaso pegó á John en medio del pecho.

Yo le hice entrar á la fuerza; pero me aseguró que la pedrada no le había hecho daño alguno.

Entonces le supliqué que no expusiera su vida.

— No siempre es la vida la primera cosa en que se debe pensar, me contestó. No tengais miedo, no me sucederá nada; debo hacer lo que creo justo.

Yo apenas podía oírle; tanto crecían de punto los gritos de los amotinados.

— ¡Quemémoslos! repetían sin cesar.

— Un instante, dijo John; dejadme reflexionar; Jael, ¿es eso una pistola?

— Cargada, respondió Jael alargándosela con aire triunfante.

John bajó muy de prisa la escalera, y antes de que yo hubiese adivinado sus intenciones, había abierto la puerta y estaba de pie en el umbral enfrente de los revoltosos. Era inútil pedirle que entrara; yo le seguí pues y me puse al amparo de un pilar. No creo que me viera a pesar de que estaba á su lado.

Todo esto había pasado tan pronto que hasta los amotinados no lo notaron, sino cuando el resplandor de una antorcha les permitió ver al joven de pie sobre las gradas del peristilo.

Se quedaron atónitos; yo conocí que en aquel instante a nada se exponía: estaban como paralizados ante tal audacia.

Pero la tempestad no podía apaciguarse prontamente; no tardó en elevarse un gran ruido de voces.

— ¿Quién eres?

— Es uno de los cuáqueros.

— No, no lo es.

— No importa, que arda.

— Tócale, si te atreves.

La division se introducía en ellos. Un hombron, que se había distinguido entre todos, trataba de apaciguar el tumulto.

John no se movía; un hombre le tiró una antorcha; él se bajó y la recogió. Creí que se la iba á devolver a los revoltosos; pero no, la echó al suelo y la apagó tranquilamente con los pies.

Este acto tan sencillo produjo en la muchedumbre un efecto maravilloso.

El hombron se adelantó hácia la verja y llamó á John por su nombre.

— ¿Sois vos, Jacobo Baines? preguntó mi amigo; siento mucho veros aquí.

— ¡Ah! ¿estais incomodado, caballero?

— ¿Qué deseais?

— Nada tenemos que ver contigo; ¿dónde está Abel Fletcher?

— No seré yo quien os lo diga. (Se continuará.)

Estudios

DE UNA CARRETERA SOBRE LA GARGANTA DE LA FOURKA, Á LA FALDA DE LOS VENTISQUEROS DEL RODANO, POR LOS OFICIALES DE INGENIEROS DEL ESTADO MAYOR FEDERAL SUIZO.

Las lluvias constantes de este año han contrariado los planes de los admiradores de las bellezas de la Suiza. Entre los impacientes de Interlaken, los que después de haber pasado el Grimsel, se atrevieron á llegar hasta la garganta de la Fourka, debieron notar más arriba de los últimos vestigios de vegetación, un pequeño campo militar que sin duda no esperaban hallar en esas regiones desoladas. Las tiendas levantadas en una estrecha meseta de verdura, no habrán podido menos de llamar su atención por su efecto pintoresco, sobre todo cuando algún rayo de sol brillaba sobre la bandera roja con cruz blanca de la Confederación que ondeaba á pocos pasos del ventisquero donde saltá el Ródano.

Este pequeño campamento es la estación principal de los oficiales de ingenieros del estado mayor federal, encargados de trazar una carretera sobre la garganta de la Fourka. Este camino, que será el mas elevado de los Altos Alpes sobre el mar, debe poner en comunicación el alto Valais con el canton de Uri por la Fourka y el valle de Urseren, con ramales directos á los valles del Ródano, del Reuss y del Tessino; así como mas tarde reunirá por el Ober-Alp y Dissentis todos esos valles con el gran valle del Rhin. La abertura inevitable del camino del Grimsel debe ser el complemento forzoso de la red aérea de ese nudo gigantesco de los Alpes Peninos. Ya no será preciso dar largos rodeos para llegar á las grandes líneas de los ferro-carriles y los caminos del San Gotardo y del Splügen. Los resplandores de esta zona elevada, magnífica entre todas, entrarán entonces en el dominio público, y todos á poca costa podrán admirarlos sin necesidad de arrostrar los peligros que hay que arrostrar ahora por senderos escarpados.

Estos caminos transversales casi nulos para el comercio, no habrían hallado en la comodidad de los viajeros un motivo suficiente para justificar los gastos que deben sufragar para su establecimiento los cantones mas interesados y la misma Confederación; sino que han intervenido consideraciones políticas y militares que no es del caso señalar ahora. En interés de la neutralidad armada de la Confederación, se han hecho importantes obras de defensa desde 1815 en el canton del Tessino, en Bellinzona, clave de los caminos del San Gotardo y del Splügen; en los Grisones, en Luziensteig, doble clave del valle del Rhin y en el bajo Valais, en San Mauricio, fuerte posición sobre el Ródano. La anexión del Chablais y del Faucigny habiendo dado á la Francia por el valle de Illiers y la garganta de Balme, el acceso del valle del Ródano mas arriba de San Mauricio, esta posición pierde á los ojos de los suizos mucha parte de su importancia. Bajo este concepto, era preciso atender á la defensa del Valais y del paso del Simplon, mediante comunicaciones fáciles con la Suiza central y oriental. Solo un camino militar podía llenar este objeto á través de unas regiones cerradas aun á los caballos durante una parte del año.

Los estudios del trazado de la Fourka están confiados á M. William Huber Saladin, del cuerpo de ingenieros de la plana mayor general, y alumno de la Escuela central de París.

M. William Huber y los oficiales que están á sus órdenes han tenido que luchar no solo contra las dificultades del trazado, sino tambien con las de una estación de lluvias incesantes transformadas á menudo en nieves sobre unas alturas donde el termómetro se mantiene por término medio á 4º bajo cero. Así la dependencia de una barraca de tablas que encierra una estufa, ha llegado á ser una de las necesidades urgentes del campamento principal. La tienda aislada de las otras estaciones no era mas que un refugio para las observaciones y un abrigo para los instrumentos.

Anteriormente las carreteras de los Altos Alpes se desviaban lo menos posible del sendero primitivo trazado ya y que se contentaban con rectificar suavizando sus partes defectuosas. Se seguían por lo comun las corrientes de agua buscando los valles mas favorables. Sobre la Fourka esta marcha debía luchar con obstáculos invencibles. Los talwegs presentaban grandes peligros por las enormes masas de nieves que en ellos se acumulan en el invierno, y por los fuertes vientos que soplan. Además la naturaleza del terreno era otro obstáculo.

El joven ingeniero militar encargado de la dirección de las obras preparatorias no se ha desanimado por esto; y allí donde no son aplicables los antiguos procedimientos se atreve á romper con la rutina. Abandonando las hondonadas mas expuestas y los escarpes poco sólidos, propone atrevidamente abrir el camino sobre las crestas al pie del Fourkahorn, del Gallensloch y del Spizberg. Mas accesibles de lo que se podía

creer, estas alturas donde reina un invierno perpetuo, detendrán la terrible avalancha; el sol y el viento son los mejores cantoneros para limpiar las nieves.

El viajero dominará la avalancha que rodará á sus piés, y allí donde se pueda temer aun, habrá galerías artificiales que pondrán el camino á cubierto de sus destrozos. Atrevidos puentes atravesarán los torrentes y las gargantas profundas, como otros tantos *puentes del Diablo*, monumentos de la inteligencia humana que en el día pueden prescindir del prestigio del arte infernal.

Bajo el punto de vista pintoresco la carretera de la Fourka no tendrá rival; el viajero có nodamente trasportado por esas regiones accesibles hoy únicamente á los cazadores de gamuzas, descubrirá desde lo alto de la garganta nueve ventisqueros. El camino costea las rocas de Tiefenbach y pasará por el sitio de la pequeña estación militar cuyo dibujo damos. Cada revuelta del camino ofrecerá un espectáculo nuevo, inesperado; gargantas profundas, inmensos panoramas, y agujas de hielo al alcance de la mano. Para dar una idea de la altura del punto culminante, hé aquí algunas cifras de elevaciones comparadas: Simplon, 2,019 metros; San Gotardo, 2,160; Bernardin, 2,139; Splugen, 2,117; Julier, 2,313; Bernina, 2,287; Fourka, 2,436.

Los estudios han ofrecido sus peligros en esas regiones inexploradas, en esos escarpes gigantescos, á través

de esos ventisqueros y de sus grietas, sobre esas nieves engañosas donde cada paso puede determinar un hundimiento ó una avalancha. Este año de tantas lluvias debia ser fatal á tres ingleses en la garganta del Gigante, y el monte Rosa ha enterrado en sus nieves á un ingeniero que un trabajo de triangulación habia llevado á una de sus cumbres. Sin embargo, los estudios principados á fines de junio del año actual, están ter-

minados, y el nuevo camino se encuentra ya en plena via de ejecución sobre la seccion del bajo Valais, la mas próxima á Brigg. Si obstáculos pecuniarios ú otras circunstancias imprevistas no vienen á entorpecer los trabajos, la carretera de la Fourka podrá ser abierta á la circulación en el verano de 1863.

V. C.



CAMPAMENTO DE LOS OFICIALES DEL ESTADO MAYOR FEDERAL SUIZO EN LA FOURKA (ALTO VALAIS).

minados, y el nuevo camino se encuentra ya en plena via de ejecución sobre la seccion del bajo Valais, la mas próxima á Brigg. Si obstáculos pecuniarios ú otras circunstancias imprevistas no vienen á entorpecer los trabajos, la carretera de la Fourka podrá ser abierta á la circulación en el verano de 1863.

V. C.

Obras del puerto de San Pedro

EN LA ISLA DE LA REUNION.

El establecimiento de un puerto en la Reunion es debido al espíritu de iniciativa del gobernador M. Hubert Delisle, que el 12 de marzo de 1854 colocó solemnemente la primera piedra del muelle del Oeste; el 30 de abril siguiente se comenzó el muelle del Este.

Desde esa época la obra ha adelantado mucho como lo prueba el dibujo que publicamos, y todo indica que se llevará á buen término, gracias al millon de francos que la metrópoli ha concedido á esa importante cons-

trucción, además de la suma de 500,000 francos dada por la caja comunal y las subvenciones anuales del presupuesto local. Esta buena perspectiva se embellece aun con la seguridad absoluta del ingeniero en jefe Bonnin, autor del proyecto, quien felicitaba hace poco á los agentes de puentes y calzadas por la actividad dada á los trabajos, y declaraba que los resultados obtenidos eran superiores á sus esperanzas. A la confian-



EL VENTISQUERO DEL TIEFENBACH.



OBRAS DEL PUERTO DE SAN PEDRO (ISLA DE LA REUNION), VISTA TOMADA DEL MASTIL DE SEÑALES.

za que inspiran estas palabras del ingeniero, el gobernador actual, señor baron Darricau, acaba de añadir la autoridad sin réplica de una opinion nacida de sus

grandes conocimientos náuticos. El jefe de la colonia despues de haber examinado las obras ejecutadas, la accion de las corrientes del litoral y los efectos de las

mareas, declaró que se pueden considerar estas obras como los elementos de un puerto que con seguridad poseerá la colonia.
P. P.



LA BENDICION DE LOS CAZADORES Y DE LOS PERROS EN LA IGLESIA DE SAN HUBERTO, EN BÉLGICA, EL DIA 1° DE NOVIEMBRE.

La bendición de los cazadores y de los perros en San Huberto (Bélgica).

Dos palabras sobre la fiesta de San Huberto, esta fiesta antiquísima de los cazadores que se celebra el 1º del corriente en San Huberto (Bélgica), y á la cual acuden los cazadores de todos los países. Una vez que se ha dicho la misa en la antigua capilla del castillo, el sacerdote desde la puerta de la iglesia da la bendición á los cazadores nobles vestidos de toda gala, á las señoras en traje de Diana cazadora, á los ojeadores, á toda la comitiva mayor y menor, y luego suenan las trompas y todo se pone en movimiento: es un cuadro tan bello como imponente.

A dos leguas del templo se ve todavía el antiguo castillo de Mirwart que fué habitado por Guillermo de Tamark, aquel famoso Jabalí de los Ardennes, que ha dado materia para tantas novelas, mas aun que para la historia. La gloria guerrera de este Guillermo, el asesino del obispo de Lieja, se perpetuó en valerosos descendientes que Brantome ha sacado á relucir en sus panegíricos. — Raza de cazadores, el nombre de Lamark fué glorificado por ellos como el nombre del santo patron, y cada año por esta época celebraban un gran banquete en ese castillo de Mirwart que pertenece hoy al baron de Hoogworst. Apuntaremos aquí para aquellos que no lo sepan, que la romería á San Huberto data de los primeros Carlovingios. Desde aquella época, la romería del santo, muerto apenas hacia un siglo y no canonizado todavía, era muy venerada en el país. Hijo del duque de Aquitania, Huberto, simple cazador, antes de ser uno de los elegidos de la Liturgia, pasaba en el país por un brujo que poseía el don de hacer milagros, y como curaba la rabia, los cazadores le hicieron su patron. El fué quien convirtió á los leñadores de los Ardennes despues de su propia conversion que se atribuye á esto: acababa de matar á un ciervo, cuando en el instante de cortarle la cabeza, Huberto halló entre los cuernos la imágen del Cristo clavado en la cruz. F. B.

¡Me ausento!

¡Auséntome, buen Dios! me ausento solo,
Y todo es soledad por donde paso;
Y todo está dormido. En el ocaso
Lento su disco va sumiendo el sol;

Y espira, como espira mi esperanza,
En tristísimo, lánguido desmayo,
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsado entre nubes su arbol.

Avanzase la noche tenebrosa,
Y sepulta á la tierra en su hondo seno:
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,
Ni se oye el arroyuelo murmurar.

Una pálida estrella solitaria
Hiende el crespon del cielo nebuloso,
Y en triste, melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar.

Imágen de mi vida sin ventura,
¡Estrella solitaria! aquellas nubes
Que velan la mansion de los querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí...

Yo tambien en la tierra tengo un alma
Pero su luz á penetrar no alcanza:
Y es luz de amor, de amor sin esperanza,
¡Mas ay! ¡la luz!... ¡la luz no brilla en mí!

Entre el terrible estrépito del mundo,
O en esta soledad dulce, sombría,
Mi corazon palpita de agonía,
Y vive del dolor mi corazon.

Mi corazon cuyo latir convulso —
Perdida la quietud, la paz perdida —
Le da existencia, como al mar la vida
El sordo rebramar del aquilon.

¡Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fe solo y la esperanza dan!

¡Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halla jamás el eco deseado
Que respondiéndome, alivie nuestro afán!

¡Cuán horrible es pensar que yo sucumba
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor continuo
El capricho ó virtud de una mujer!

¡Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbadas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas,
Sin probar nunca el cáliz del placer!

O pensar que un rival afortunado,
A quien propicia muéstrase su estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida deber, felicidad y amor;

Y entre su seno cándido, suave,
Verle gozar sus tímidas caricias;

Y de amor embriagado y de delicias...

Cuando yo soy la presa del dolor!

¡Sí, ¡del dolor! Si alguna vez sus labios
A mis ardientes labios se juntaron,
Y unos en otros el placer buscaron
Llenos de fuego, y vida, y juventud;

Entonces, cual volcan, cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,
De la pasión el seductor acento
Ronca acalló la voz de la virtud;

Y con la mano trémula apartóme,
Sustrajo á mi cabeza su regazo,
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia, tímida pasión.

Y yo la ví de lejos reclinada,
Puesta la mano trémula en la frente,
De un caduco deber llena la mente
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vian
Sin osarme mirar: húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba,
Como el rocío en nacurada flor.

Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado; ora tendia
La palma, y ordenarme parecia
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendime á sus labios deliciosos,
Como de abejas el dorado enjambre
De virgen flor al oscilante estambre
Que blando muere el céfiro al pasar.

¡Ay! donde yo la vida hallar creia,
Cual colibri la miel en la azucena,
Solo hallé copa de ponzoña llena
Que vino mi existencia á envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto
El solo grano que la red encierra;
Y deja de vagar por aire y tierra
¡Prisionero quedando entre la red!

¡Oh! ¡quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,
Donde mi alma en éxtasis bebía
Sin apagar jamás la ávida sed!

¡Pero quise probarle!... Así el viajero
Incauto en los desiertos de Sahara
El resoplar del viento deseaba,
Del viento del desierto abrasador;

Y así sentí, cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento,
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor.

Así sentí, ¡mujer! Ese el alivio,
Ese fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz, eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fe.

Ora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé qué te impele seductora;
Conozco que me engañas aun ahora...
O tal vez me amarás... — yo no lo sé.

Pero yo ¡sí, te amo! No profanes
De mi amor el purísimo santuario;
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para tí.

Para tí sola, para tí que diste
Tormentos á mi alma venturosa,
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robástemela dicha que tenia,
Robástemela paz y mi sosiego;
Y en mi tirana te erigiste luego,
Y yo te amo, y siempre te amaré.

Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado;
Yo solo tengo un corazon llagado,
¡Solo amar sé, y amando moriré!

Con sus dulces, armónicos acentos
Otro feliz encantaré tu oído,
O de célicas formas bendecido
Su talle altivo ostentará y su faz.

Pero á mí el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza:
Yo no levanto al cielo mi cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

¡Pero ay! que si el cielo no ha querido
De perfeccion hacer conmigo alarde,
No por eso ¡mujer! soy yo cobarde,
Yo tengo honor, aunque pujanza no...

¡Sí, tengo honor; el sentimiento excelso,
Que asegura del alma el poderío,
Y una alma bulle aquí, en el pecho mio,
¡Que digna de adorarte Dios creó!

JULIO ARBOLEDA.

(De la Guirnalda de Bogotá.)

Jácara.

Metido en el Saladero
Y apoyado en una reja,
Anton, vecino del Rastro,
De esta suerte se lamenta:

«Dolores de mis dolores,
Dolorcilla la gallega,
Que de Galicia viniste
A remachar mis cadenas;

Tú, que llevas tanta fama
De recatada doncella,
Pues mas recatada fuiste
Que una golosa colmena,

A las puertas de la cárcel
Por Dios que á llorar no vengas;
Ya que penas no me quites
No vengas á darme penas.

Siempre fueron las mujeres
Tósigo de mis potencias,
Veneno de mis sentidos,
Fomento de mis flaquezas.

Desde mi madre, que un día
Entre pingos de bayeta
Llegó á echarme por un torno
A llorar culpas ajenas,

Hasta tí que me empujaste
Por una endiablada senda,
Todas lecciones me disteis
Que yo aprender no debiera.

Porque una mujer tuviese
Basquiña y manto de seda
(Tal vez para darme celos
Con los que andaban tras ella),

Recuerdo que cierta noche
Sorprendiendo á una prendera,
Dejó su casa vacía,
Limpia como una patena.

Esto, Dolores, me trajó
De sustos tan gran cosecha,
Que al fin, por vivir tranquilo,
Dos años estuve en Ceuta.

Libre ya del cautiverio
Volví á mezclarme con ellas,
Y en pago de amor me dieron
Disgustos y traba-cuentas.

Yo me enamoré de un gato
Por darle gusto á una hembra,
Como Adán de una manzana
Por querer dársela á Eva.

El gato, que era de oro,
Tuvo pesadas las piernas,
Y hubo que llevarle á casa
Metido en una talega.

Luego le fui haciendo cuartos,
Y entre holgorios y tabernas,
Tan buena vida nos dimos
Que todo el año era fiesta.

El gato volvióse liebre,
Y una liebre tan ligera,
Que un galgo no la pillara,
Ni la alcanzara una flecha.

Un garduña de corchete
Dió sin embargo con ella;
Tiró el diablo de la manta,
Quedó el pastel sin corteza.

El alguacil de los diablos
Hizo cocos á mi bella;
Le sonsacó mi secreto;
Vine otra vez á la trena.

En cambio de algunas onzas,
En cierta sesión secreta
Me dió un notario instrucciones
Y ayuda notoria y buena.

Salí bien: volví á la casa
De mi ingrata Dulcinea,
Y le apliqué en las espaldas
Catorce varas de felpa.

Díjome que no era mala,
Que se pasaba de buena,
Y otra vez hice las paces
Que fué emprender nueva guerra.

Traidora me hizo la cama,
Me dispuso una merienda,
Y á orillas del Manzanares
Ambos fuimos á comérnosla.

Allí me esperaba un jaque
Que quiso untarme la oreja,
Y las navajas salieron
A dirimir la contienda.

Delante de varias mozas,
De profesion lavanderas,
Hice un chirlo á mi contrario
Y él me rebanó una pierna.

Despues de salir lisiado
Del hospital y sin fuerzas,

Traté de meterme á hombre
 Honrado y de buenas prendas.
 Puse un comercio en el Rastro
 De hierros y ropas viejas,
 Y con gozo iba mirando
 Cual prosperaba mi hacienda.
 Un domingo de mañana
 (Recuerdo que estaba fresca)
 Por mi desgracia llegaste
 A comprarme unas chinelas.
 Con cuánto primor y garbo
 Te sentaste en una piedra,
 Dejándome ver desnuda
 La garganta de tu pierna,
 No seré yo quien lo diga;
 Dígalo tu compañera,
 Que se fué haciendo chacota
 Creyéndome algún habieca.
 Desde entonces, Dolorcillas,
 Te quise con tal violencia,
 Que por tí á prestar me puse
 Dineros, joyas y... etcéteras.
 Yo pescaba, y tú comías
 Con unas ganas tremendas;
 Mas al fin doña Justicia
 Vino á ajustarme las cuentas.
 Aquí, penando y sufriendo
 A solas con mi conciencia,
 Por un lado me das gusto,
 Por otro me das dentera.
 Eres mujer, y en tí miro
 Lo funesto de mi estrella,
 Pues muero por unas sayas
 Y temo acercarme á ellas.
 Mujeres fueron la causa
 De mi perdición primera,
 Y si me mandan al *pato*
 Dí que mujeres me llevan.
 Por eso á llorar no quiero
 Que á la cárcel te me vengas;
 Ya que penas no me quites,
 No aumentes por Dios mis penas.»
 Así Anton se lamentaba
 Lleno de amarga tristeza,
 Metido en el Saladero
 Y apoyado en una reja.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

La caza con redes en los Pirineos.

Otros han descrito las cacerías aristocráticas; nosotros hablaremos de la caza con redes, ese pasatiempo de los hombres pacíficos de todas las épocas, ese juego casi inocente que también practicaba Horacio en los viñedos de Falerno.

La red es bastante conocida para que sea necesario describirla aquí; diremos únicamente que la emplean de dos modos diferentes: el modo horizontal es el más común; la regla general es el sistema vertical, que es como si dijéramos una excepción de la regla.

El primer sistema es para coger á los pájaros cuando descansan; dos redes colocadas á los dos lados de un espacio preparado para este fin recogidas y ocultas lo más posible, se cierran sobre la tierra que cubren por el movimiento que las dan las cuerdas cogidas por el cazador. A esto llaman *tirasser*. Las redes verticales están destinadas á coger á los pájaros al vuelo.

Son como unas barreras agresivas, si podemos emplear esta expresión, y las hay de dos especies: la *pantiere* y el *iragnon*, que daremos á conocer más adelante. La caza con redes está muy propagada en todo el mediodía de la Francia, sobre todo entre los Pirineos y el Garona. Generalmente tiene lugar en el otoño cuando las nuevas crias pasan del Norte al Mediodía.

Algunos hacen de esto una especulación bastante lucrativa; todos buscan en ello una diversión á que se entregan con un ardor que á veces degenera en pasión, y hace abandonar á hombres muy graves sus familias, sus negocios, sus hábitos y hasta las imperiosas necesidades del alimento y del sueño.

Esta caza exige tres condiciones principales: un buen puesto, buenos reclamos y un cazador hábil.

Se necesita un buen puesto, porque los pájaros no pasan y no se detienen sino en ciertos lugares que el uso da á conocer, y sería inútil esperarles en otra parte.

Se necesitan buenos reclamos. Con este nombre se designan los pájaros cautivos cuya presencia, movimientos ó canto determinan á los pájaros viajeros á que se detengan. Los más importantes son los que están fijos en una tablilla que el cazador hace mover tirando de una cuerda. El sacudimiento que reciben los reclamos les hace perder el equilibrio, y para recobrarle tienen que desplegar las alas y volar tan alto como se lo permite el lazo que les detiene.

Este es el medio más eficaz que puede emplear el cazador. A la tablilla está atado el reclamo por un *corsé*; y este vestido, que ciertamente no tiene por objeto enderezar el tallo de los pobres animales, consiste en dos pedazos de cuerda reunidos en medio por un nudo, de modo que forman una cruz; este nudo se planta por detrás en el nacimiento del cuello; dos de los extremos

pasan debajo de las alas por detrás; los otros dos van á juntarse pasando por delante, y un nudo grueso los reúne á los cuatro bajo el vientre. De esta manera el reclamo se encuentra encadenado sin perder la facultad de mover las patas y las alas.

Hay siempre en el suelo dos reclamos de estos; en la caza de zoritas (1) los colocan también sobre los árboles. También ponen en el suelo otros reclamos fijos en la tierra que no tienen que ejecutar ninguna maniobra; pues solo deben aparecer y cantar. Los cazadores negligentes los atan á veces por la pata ó las alas; estos métodos viciosos tienen por resultado dar á los reclamos una posición forzada más propia para espantar á los pájaros que para atraerlos, haciéndoles sufrir torturas que se terminan por la muerte ó por la libertad que adquieren dejando las puntas de las alas. Para las especies menudas tienen jaulas que encierran cuarenta ó sesenta reclamos, cuyo oficio es cantar, deteniendo por este medio á los pájaros viajeros, así como advierten al cazador de su llegada. En fin, para la caza de zoritas emplean los pollos, reclamos enteramente libres, salvo el movimiento de las alas que están presas por un lazo invisible. A menudo por falta de talento, ó por enojo de estar cautivos, estos pobres animales se niegan á desempeñar el papel que les imponen, y así un buen reclamo no tiene precio.

Finalmente, hemos dicho que se necesita un buen cazador. Como los medios están basados en los hábitos y los instintos de cada especie, hay necesidad de curiosos estudios de costumbres. Un buen cazador debe haberlos hecho, y además debe saber, sin el auxilio del silbato, imitar el canto del pájaro hasta el punto que no tenga este ninguna desconfianza. A la simple inspección de la atmósfera debe saber desde por la mañana si pasarán muchos pájaros, cuáles serán las especies, á qué altura se elevará su vuelo, en fin, aproximadamente, qué resultados podrán tener sus esfuerzos.

Las especies viajeras son numerosas: las mayores no se cogen ni con escopeta; su desconfianza es muy grande, y la fuerza de las alas les permite volar muy alto y largo tiempo; se detienen rara vez, y así solo por casualidad se hace dueño el cazador de alguno de estos animales. Las grullas, las cigüeñas y los cisnes no ofrecen por otra parte una carne muy apetitosa. De todas las especies á las cuales tienden las redes, la más importante es la de los palomos silvestres, que se distinguen en dos variedades: la paloma torcaz y la zorita.

Esta última es objeto de una caza muy importante en las gargantas de los Pirineos. El dibujo que damos representa la que se hace á la entrada del valle de Campan cerca de Bagnères.

Entre esas altas montañas que dominan el pueblo y á la entrada de la garganta, se extiende una enorme red vertical del género de las conocidas con el nombre de *pantieres*. Para hacerla caer no hay más que soltar ciertas cuerdas que la sostienen y que pasan por unas garruchas. Los cazadores subidos en unos banquillos de madera tan altos que dominan los árboles, están colocados en la línea que deben seguir las zoritas. Cuando la bandada pasa á su alcance, el primer cazador lanza un objeto que representa un gavilán con las alas desplegadas, que atrae á sí por medio de la cuerda á que está atado para lanzarle de nuevo. Cada uno de los cazadores siguientes hace otro tanto á medida que los animales se adelantan, arrojando gritos que resuenan en el pueblo. Asustadas por la vista de esos enemigos y por los gritos que oyen, las zoritas bajan continuamente su vuelo y acaban por precipitarse al fondo del desfilar, donde les espera la red que en el momento dado se desliza sobre las garruchas y las cubre.

Esta caza es muy productiva; por eso la hacen regularmente los que especulan con ella.

No sucede lo mismo con la que tiene lugar en la llanura, sobre todo en las landas; esta última reúne á menudo la utilidad al placer. Como no se verifica en la misma época, el mismo cazador puede emprender la una después de la otra.

Aquí el sistema es de todo punto diferente.

Eligen un puesto elevado, una meseta que domine las cercanías cubierta de vegetación, sobre todo de encinas. Las zoritas son muy aficionadas á las bellotas. Una plazoleta practicada en la dirección del Norte, de donde llegan, las atrae hácia el puesto escogido y permite que se las vea á bastante distancia. Una cabaña ordinariamente muy grande y cubierta de rama, ofrece un abrigo al cazador. En el lado de la cabaña que mira al Oriente hay un *suelo* sobre el cual están fijadas unas redes pesadas ocultas por ramas de pinos. Sobre este suelo, y en las copas de los árboles más altos, hay reclamos de tablilla, que el cazador hace mover por medio de cuerdas. Para impedir que jueguen esos animales y comprometan el éxito de la caza, les sacan los ojos ó prenden sus párpados con alfileres.

En cuanto aparece una bandada, el cazador, por el juego de los reclamos que están en los árboles, se esfuerza en hacer parar alguna zorita á su lado. Obtenido este primer triunfo, que no es fácil, solo deben trabajar los reclamos del suelo.

Aquí principia el drama. El cazador reúne todos sus recursos; los hombres observan, las mujeres tratan de callarse, pues se prohíbe hablar, aunque no silbar; la zorita que nunca ha visto otra araña que la que en la bóveda de los cielos

..... Se columpia
 Como una araña de plata,

(1) Especie de paloma brava de las provincias inmediatas á los Pirineos.

no teme ese ruido estridente que tanto conmoviera á las palomas domésticas.

A veces se necesitan milagros de paciencia y de astucia para vencer la obstinación de la zorita en permanecer en las ramas. El último medio que se emplea consiste en enviar al suelo á los pollos, reclamos libres en apariencia, pero cuyas alas están presas como hemos dicho. Preparados por un largo ayuno, devoran los granos esparcidos en el suelo con la tranquilidad de unos cómicos traidores. La seducción es fuerte para las zoritas; y así se ve que sucesivamente van bajando y acuden al grano en medio de las emboscadas. No esperan á que bajen todas; habiendo escopetas preparadas para las que se quedan en los árboles. Cada cual toma la suya, y á una señal dada se echan las redes y se hacen los disparos.

¡Quién podría pintar la alegría del cazador cuando ve muchas palomas bajo sus redes! Este es uno de los gozos que no conocen los profanos. Pero ¡á qué precio no se compra! Un buen cazador no deja su cabaña más que en las horas indispensables para el descanso; durante más de un mes se hace ermitaño, come poco, bebe menos aun y olvida todo lo restante.

Y todo no es alegría en el oficio; hay el viento, la lluvia y el gavilán; y además el cazador tiene una pesadilla, que es el aficionado de las poblaciones; esos señores que llegan por docenas á trastornarlo todo en sus cabañas, acompañados de señoras que rien y hablan continuamente.

La caza dura mes y medio.

A pesar de su parentesco inmediato con la zorita, la paloma torcaz (el *ramier*), rara vez se deja coger como ella; como la tortola, cuya inocencia no la salva de la avidez del hombre, la cazan en los campos y otros lugares descubiertos con algunos reclamos que ponen en el suelo. La tortola que cogen así no es ese hermoso animal de plumaje color de café con leche y collar negro, sino una especie más pequeña y de un plumaje gris.

La *pantiere* se emplea á veces en las Landas para cazar la becada; la ponen en los pantanos que este animal roza con sus alas, y en plazoletas que para este fin abren en medio de matorrales.

En cuanto á la perdiz, emplean bolsas colocadas en los surcos de los campos; y para la codorniz una red llamada *tirasse*, con la cual la cubren con el perro que la detiene. Estas cazas están vedadas como nocivas á la reproducción de la especie.

Entre los pájaros menudos los hortelanos son seguramente los más recomendables. La caza se hace en abril ó á fines del verano. La cabaña y el suelo ofrecen en pequeño la misma disposición que en la caza de zoritas; únicamente evitan la proximidad de los árboles. Al extremo del suelo opuesto al en que está la cabaña se alzan tres ó cuatro árboles pelados. Atraídos por reclamos esparcidos á lo lejos en jaulas, los pájaros viajeros no dejan de detenerse. Entonces ya está hecha una buena parte de la tarea; basta poner en movimiento á los reclamos de tablilla hasta que la bandada principie á bajar, y el cañamón hace lo restante.

En algunas localidades sustituyen á la red jaulas de trampa; es más fácil, pero es también menos productivo. Los resultados inmediatos de esta caza no son brillantes. En efecto, ese pajarillo tan graso y blanco, tan superior á todos en delicadeza, no es cuando le cazan más que un cuerpecillo flaco y negrusco, cuyo sabor solo puede compararse con el del gorrión. La naturaleza tiene que invocar aquí el socorro del arte, y únicamente después de haberle tenido preso en la oscuridad más completa y de haberle dado mucho de comer excitando su apetito con acederas majadas, se logra dar al hortelano esa gordura maravillosa en la cual estriba todo su mérito.

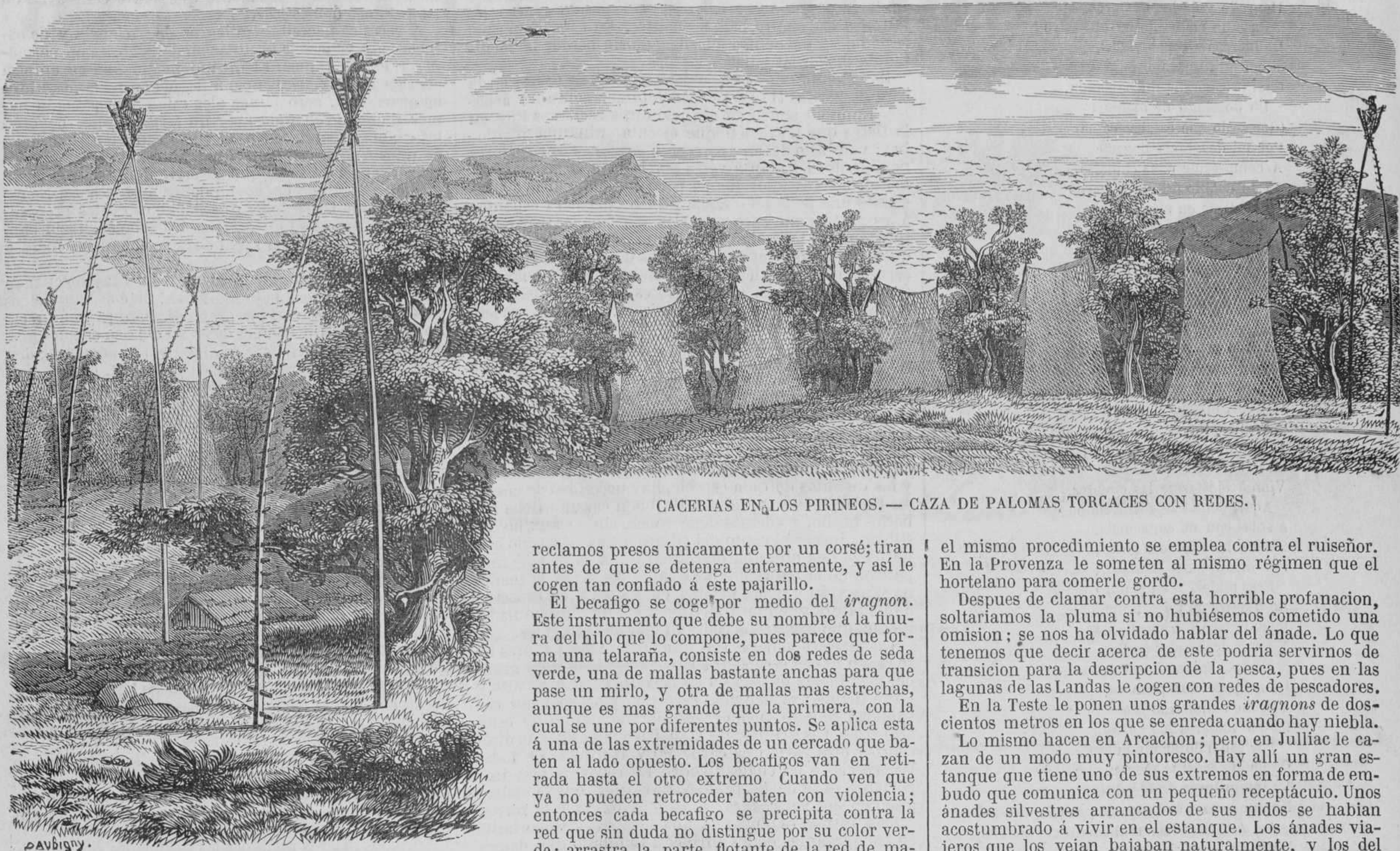
En la caza llamada de *pajarillos* se emplea igual procedimiento. Las víctimas más comunes son el jilguero, el chorlito, el verderón, el pinzón y los canarios silvestres. Todos estos animalillos notables por su plumaje ó por su talento musical, no ofrecen más que un manjar seco y casi siempre amargo; y sin embargo, son objeto de una guerra muy encarnizada. Las viñas, los campos y las landas están cubiertas de esas cazas más fáciles que todas las demás, en las que se ejercitan los novatos.

Se hace una caza análoga á la alondra conocida con el nombre de *cochevis*. Pero para esta caza las redes son más grandes y las jaulas de reclamos están ocultas entre los matorrales. El *cochevis* tiene el vuelo bajo y se posa directamente en la tierra después de haber dado unas vueltas por encima. La caza es muy productiva.

La alondra común es mucho más difícil; la especie aclimatada no se puede coger y es indestructible. La viajera se deja coger, pero ha de ser al vuelo. Muchas redes en hilera caen sucesivamente en el momento en que pasa una bandada de alondras, de manera que la que se salva de una red va á caer en otra. Por lo común prefieren emplear miles de lazos de crin plantados en los surcos, por medio de los cuales más que vuela se arrastra; pues solo en el tiempo de los amores se eleva verticalmente lanzando este grito agudo que Dubastias ha descrito con tanta complacencia:

La gentille alouette avec son tire-lire
 Tire-lire á lire et tire-lire au lire.

La nevatilla es objeto de una caza divertida. Este pajarillo es de plumaje gris y siempre está meneando la cola. Frecuenta los campos recién labrados en los cuales encuentra los granos con que se alimenta. Su



CACERIAS EN LOS PIRINEOS. — CAZA DE PALOMAS TORCACES CON REDES.

reclamos presos únicamente por un corsé; tiran antes de que se detenga enteramente, y así le cogen tan confiado á este pajarillo.

El becafigo se coge por medio del *iragnon*. Este instrumento que debe su nombre á la finura del hilo que lo compone, pues parece que forma una telaraña, consiste en dos redes de seda verde, una de mallas bastante anchas para que pase un mirlo, y otra de mallas mas estrechas, aunque es mas grande que la primera, con la cual se une por diferentes puntos. Se aplica esta á una de las extremidades de un cercado que baten al lado opuesto. Los becafigos van en retirada hasta el otro extremo. Cuando ven que ya no pueden retroceder baten con violencia; entonces cada becafigo se precipita contra la red que sin duda no distingue por su color verde; arrastra la parte flotante de la red de mallas estrechas que se extiende delante de él, y haciéndola pasar en una de las mallas de la segunda red, se encuentra cogido en una especie de bolsa.

Nuestra sinceridad nos pone en la precision de confesar para vergüenza del género humano, que

el mismo procedimiento se emplea contra el ruiseñor. En la Provenza le someten al mismo régimen que el hortelano para comerle gordo.

Despues de clamar contra esta horrible profanacion, soltariamos la pluma si no hubiésemos cometido una omision; se nos ha olvidado hablar del ánade. Lo que tenemos que decir acerca de este podria servirnos de transicion para la descripcion de la pesca, pues en las lagunas de las Landas le cogen con redes de pescadores.

En la Teste le ponen unos grandes *iragnons* de doscientos metros en los que se enreda cuando hay niebla.

Lo mismo hacen en Arcachon; pero en Julliac le cazan de un modo muy pintoresco. Hay allí un gran estanque que tiene uno de sus extremos en forma de embudo que comunica con un pequeño receptácuo. Unos ánades silvestres arrancados de sus nidos se habian acostumbrado á vivir en el estanque. Los ánades viajeros que los veian bajaban naturalmente, y los del estanque no dejaban de conducirlos hácia el receptácuo indicado donde les daban todos los dias su alimento. El receptácuo estaba cubierto con una red. Una vez que pasaba el animal, el embudo se cerraba y quedaba preso. — Reparada esta omision, hemos concluido nuestra tarea.

A. C.

caza es muy sencilla: largas redes tendidas á lo largo de un suelo recién removido, y sobre el cual unos reclamos presos por un hilo que atraviesa su nariz, parecen sacar gusanos de la tierra; no hay árboles ni cabaña; el cazador está á descubierto ó en un agujero; al acercarse una bandada lanza los



CACERIAS EN LOS PIRINEOS. — CAZA DE ZORITAS EN LAS LANDAS.